

SEGUNDA PARTE /

LA POLITICA



1928. Hipólito Yrigoyen ganó en elecciones vs. Frente Único (conservadores)

↓ Crisis del '29 - tambalea Yrigoyen

oposición (Conservadores y conspira con militares  
Fed. Univer.)

6 de Septiembre de 1930  
persecución a estudiantes (error consp.) y profesores

## 1. LA RESTAURACION POLITICA

### 1. La revolución militar y sus perplejidades

Hipólito Yrigoyen, que había sido elegido por segunda vez presidente de la República en 1928 por el "plebiscito" popular (838.583 votos para la fórmula Yrigoyen-Francisco Beiró, reemplazado este último al fallecer por Enrique Martínez; 414.026 para el Frente Único de radicales antipersonalistas y conservadores, Leopoldo Melo-Vicente Gallo), vería en los escasos dos años que faltaban para el 6 de setiembre de 1930 el deterioro de su partido, la demora y casi impotencia del aparato del Estado para enfrentarse con la crisis económica mundial de 1929, la actitud opositora de abierto desafío y conspiración y el encumbramiento de las fuerzas armadas a una función preponderante que no han dejado de ejercer hasta nuestros días.

Estos dos elementos finales, coaligados, precipitaron la primera quiebra constitucional de nuestro sistema de gobierno en lo que va del siglo XX.

Los conservadores, desalojados del poder en 1916 (el "régimen falaz y descreído" a que aludía el líder radical en contraposición a su "causa"), acostumbrados durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear a una pacífica convivencia con el radicalismo antipersonalista (1922-1928), no supieron aceptar su segunda derrota a manos de Yrigoyen con la ca-

ballerosidad que desplegaban en otros terrenos: la vida social, la esgrima. Su actitud fue de enfrentamiento y crítica feroces, buscaron ampliar sus alianzas políticas, e intentaron atraer a su campo a algunos militares caracterizados.

Fuera de beneficiarse con la división radical entre "personalistas" y "antipersonalistas" en el Parlamento (1924), donde los conservadores iniciarían con los segundos una duradera causa común, las fuerzas de la derecha también verían con agrado el cisma libertino (por el periódico de la tendencia llamado Libertad) que se produjo en el socialismo. Al lado del "viejo y glorioso" Partido se formó el minoritario Partido Socialista Independiente, acaudillado por Federico Pinedo, Antonio de Tomaso, Héctor González Iramain y otros. Estos tres elementos darían origen al "contubernio", de gravitación principal en los sucesos previos al movimiento militar de 1930.

La labor opositora y obstruccionista de conservadores, antipersonalistas y socialistas independientes en el Congreso, fue concertada en manifies-



Fig. 6. 23. Manifestación contra el gobierno: 4 de septiembre de 1930 (Archivo General de la Nación).

tos y declaraciones conjuntas que pretendían difundir en el pueblo y ante el electorado "el conocimiento de los actos ilegales del Poder Ejecutivo y del oficialismo y crear un espíritu cívico de resistencia a esos abusos y desmanes".

La oposición al yrigoyenismo encontró aliados voluntariosos en algunos diarios que habían combatido al "último caudillo" desde antes de la primera presidencia. Al frente de ellos, el sensacionalista vespertino Crítica, en manos de Natalio Botana, se transformó en enlace entre los sectores políticos del golpe y los grupos militares.

En este proceso también colaboró la Federación Universitaria Argentina, algunos de cuyos dirigentes estudiantiles influyentes fueron orientados por políticos profesionales, que les hicieron perder la noción de que estaban siendo utilizados como masa de maniobra por sectores con los que no tenían ninguna afinidad. Pero muy pronto los estudiantes reformistas habrían de comprender su error, cuando el gobierno militar hiciera referencia a la "anarquía universitaria" y se dispusiera a superar el supuesto caos. Se perseguirá entonces por igual a estudiantes y profesores (de orientación radical o izquierdista), y la persecución se atenuará sin desaparecer durante el régimen del general Justo. Muchos militantes de la Reforma Universitaria se afilian, como ciudadanos, al radicalismo, al socialismo o al comunismo, y desde allí volverán a emprender la lucha, esta vez contra la restauración conservadora.

La oposición conspiraba abiertamente también desde la sede de la Primera Cámara de Apelaciones en lo Civil, y se apoyaba en las silbatinas organizadas en la Sociedad Rural, demoraba en considerar el proyecto de nacionalización del petróleo en la Cámara de Senadores (la Cámara Baja lo había aprobado en 1927), y se afirmaba con los triunfos electorales parciales en los comicios para diputados en 1930. Su acción se vio favorecida por las amplias libertades de prensa, reunión y difusión de las ideas de que gozaba el país.

El clima general se preparó bien. Concediendo que el movimiento cívico-militar contó muy efímeramente con ciertas simpatías populares, pensamos que el elemento decisivo para la opinión pública lo proporcionó el hecho de que la mayoría del país aceptó pasivamente el derrumbe radical, ayudado por la senilidad del presidente, las maniobras de facciones que luchaban por la sucesión de Yrigoyen dentro del propio partido oficialista (el vicepresidente Martínez, el ministro del Interior Elpidio González y el de Relaciones Exteriores Horacio Oyhanarte), y la vacilación de sus cuadros dirigentes en tomar medidas para afrontar la

seria situación que se anunciaba desde meses atrás. El 3 de setiembre de 1930, la renuncia al Ministerio de Guerra del general Luis Dellepiane, impotente en su acción preventiva y defensiva por la negativa presidencial a autorizarlo a luchar contra la conspiración, es el principio efectivo del fin. Yrigoyen acaso nunca pensó en la posibilidad de su derrocamiento.

Las tendencias que promovieron el golpe de setiembre suelen ubicarse en dos grandes grupos: a) *la línea Uriburu*, minoritaria dentro del con-

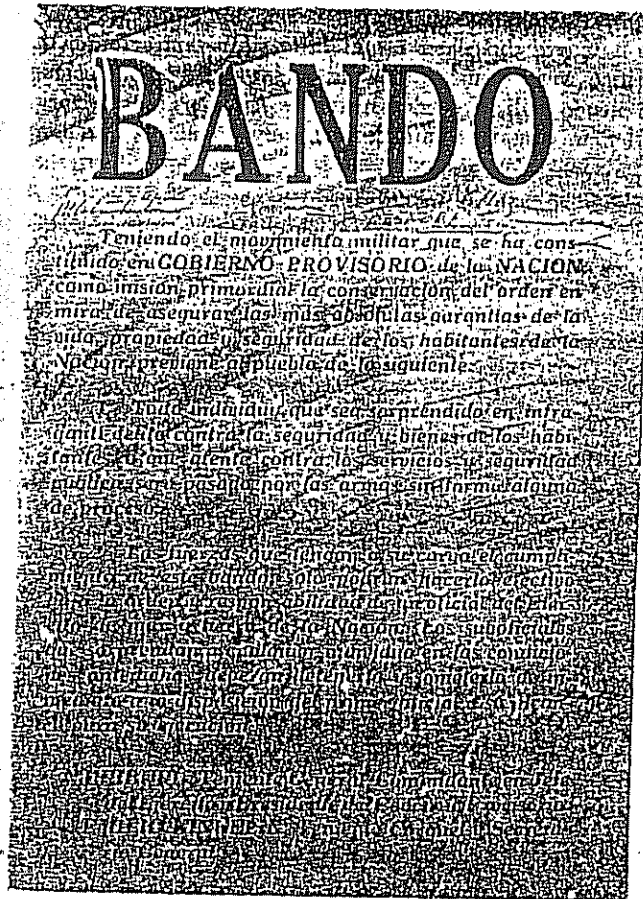


Fig. 6.24. Bando de la revolución de setiembre de 1930 (Archivo General de la Nación).

junto y decididamente autoritaria. Los jefes militares que a ella pertenecen y sus asesores civiles —Carlos Ibarguren, Juan E. Carulla, Juan P. Ramos, José María Rosa, Leopoldo Lugones, Alberto Viñas— son admiradores de Mussolini y Primo de Rivera, conocen bien a Maurras y pretenden aplicar un programa corporativo de reformas a la Constitución Nacional, buscando la derogación de la Ley Sáenz Peña y su reemplazo por un sistema de voto calificado. Su programa exigía, pues, la reorganización del país mediante un régimen dictatorial. Son antiliberales convencidos, ven en las doctrinas totalitarias que están invadiendo Europa la solución política a la crisis de la democracia, y buscan entroncarlas con la tradición hispánica de gobiernos fuertes y a menudo con la nacional del rosismo decimonónico; b) *la línea Justo-Sarobe*, que comprende a la mayoría de la oficialidad interviniente, tiene vinculaciones evidentes con los partidos de centro-derecha: conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes. Algunos de sus fautores en el campo civil, representativos de las respectivas agrupaciones, fueron Rodolfo Moreno, Leopoldo Melo y Antonio de Tomaso. Intenta reemplazar al



Fig. 6.25. Revolución de setiembre de 1930. Cadetes del Colegio Militar se dirigen a la Casa Rosada (Archivo General de la Nación).

12

personalismo de Yrigoyen convocando de inmediato a elecciones (para ganarlas de cualquier manera), y mantiene la vigencia teórica de la Constitución y la Ley Sáenz Peña. El teniente coronel José María Sarobe, compañero de armas y vocero del general Agustín P. Justo, es quien mejor ha testimoniado los objetivos de esta línea en sus *Memorias*, nunca desmentidas. Se trataba de reemplazar definitivamente a los hombres del radicalismo yrigoyenista (y sobre todo a "El Hombre") por los portuostandartes de la restauración iniciada el 6 de setiembre. Este sector responde de preferencia a los intereses de la burguesía terrateniente y de varios estratos de la clase media urbana, y finca sus posibilidades de éxito en que el desprestigio yrigoyenista (que ellos mismos contribuyeron a crear de modo eficaz entre 1928 y 1930) haría que la República se volcara a su favor en elecciones posteriores. Luego de la experiencia comicial en la provincia de Buenos Aires (5 de abril de 1931, triunfo de la fórmula radical Honorio Pueyrredón-Mario Guido en elecciones relativamente libres), y la posterior anulación de los resultados del sufragio, dejó de importarle si las elecciones eran limpias o fraudulentas.

El golpe del 6 de setiembre de 1930 contó en su favor con la temporaria pasividad del pueblo argentino y con el faccionalismo y la inacción de un radicalismo incapaz de defender acertadamente su propia supervivencia como partido y como movimiento de masas. De ahí que los acontecimientos de esa fecha no hayan excedido la definición de "paseo militar", y que el gobierno revolucionario llegase a contar, en pocos días, con el aval jurídico de la Corte Suprema que lo reconoció como gobierno de facto de la nación. Tampoco sería esta la única vez en que los defensores de la ley consagran el hecho consumado.

## 2. Los instrumentos políticos de la restauración conservadora

Una vez neutralizada la tendencia autoritaria, corporativista y más propensa a imitar modelos europeos, que en el fondo era la que impulsaba al grupo de Uriburu y sus asesores nacionalistas (pero con escaso auge en el ejército, que terminó cerrando filas en torno de Justo), el futuro se presentó prometedor para los conservadores y sus aliados menores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes.

Las elecciones del 8 de noviembre de 1931, que consagraron a Justo presidente de la República, además del fraude, contaron con la abstención radical ante el veto de la candidatura de Alvear. El ejército avaló el resultado de las urnas e iría transformándose paulatinamente en guardia pretoriana del régimen, luego de aplastar intentos subversivos de origen

radical. Aquí ya se distinguen ciertos instrumentos políticos que consolidan la restauración conservadora.

El primero, ya está dicho, es el fraude en todas sus variantes, y con defensores abiertos de sus ventajas. Rodolfo Moreno, futuro gobernador de la provincia de Buenos Aires, en su libro *La cuestión democrática* (1937), critica severamente el principio del voto secreto pues "no tiende a educar para la democracia, sino a corromperla". Manuel Fresco será el paladín del llamado "fraude patriótico" en dicho distrito mediante la distinción entre el fraude nocivo, que practican los adversarios, y el encomiable (o "patriótico") que ejercitan quienes detentan el poder (los "patriotas" conservadores).

El segundo son las intervenciones federales a las provincias en que tan pródiga se muestra la época. En esto, e involuntariamente quizás, los conservadores repitieron un procedimiento que Yrigoyen había empleado reiteradamente durante su mandato. Lo que para el viejo caudillo radi-

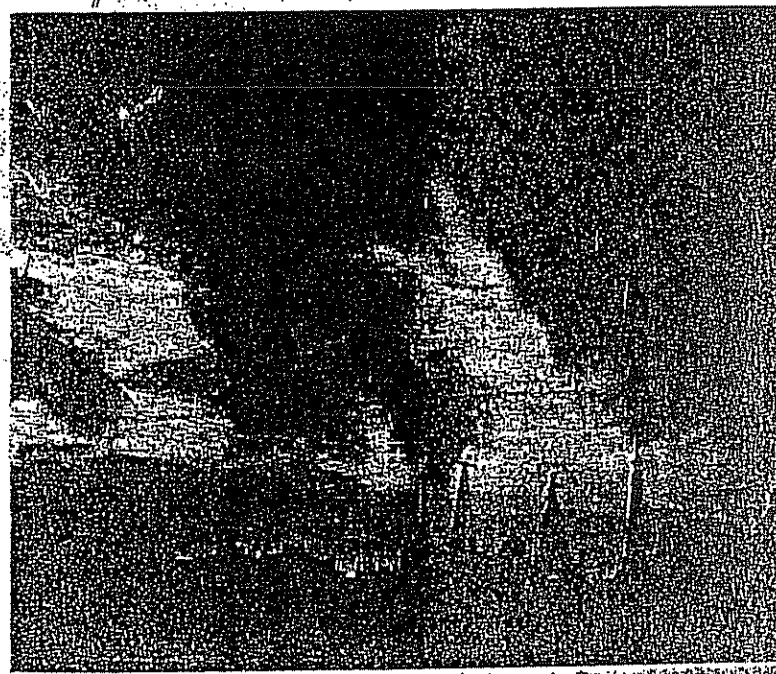


Fig. 6.26. Aviones revolucionarios evolucionan sobre Buenos Aires en la madrugada del 6 de setiembre de 1930 (Archivo General de la Nación).

cal constituía la puesta en práctica de la "reparación", al eliminar autoridades oligárquicas enquistadas para que el sufragio posterior decidiera con más justicia quiénes debían gobernar a las provincias, en el caso de Justo se transformó en medio eficaz de doblegar administraciones opositoras (la intervención a Santa Fe, gobernada por el demoprogresista Luciano Molinas, en 1935) o de allanar el camino a nuevos gobernantes conservadores (la intervención a Buenos Aires, también por esa fecha, que precede a los "comicios" que consagran a Fresco), y en éstos como en otros muchos casos ello tendía a asegurar el control político del distrito por partidarios del gobierno nacional con vistas a ganar futuras votaciones, también viciadas.

La Capital Federal y provincias aisladas (Córdoba) como excepciones, quedaron relativamente libres de fraude: en la primera, llegaron a triunfar radicales alvearistas y socialistas; la segunda conoció honradas administraciones radicales. Pero esto resultaba suficientemente contrarrestado con las artimañas electorales en la provincia de Buenos Aires, entre otras muchas.

La violencia política (los asesinatos de Enzo Bordabehere en 1935, o del diputado provincial por Córdoba, José Guevara, en 1933, son apenas dos casos ilustrativos), el desarrollo de la represiva Sección Especial como dependencia estable del Ministerio del Interior por medio de la Policía de la Capital Federal, la tortura sistemática que se implanta por primera vez en la Argentina para los presos políticos, el pretexto del anticomunismo para amordazar y restringir la oposición al régimen (recuérdese los "debates sobre el comunismo" de 1936 en el Senado, y la apasionada defensa de los principios liberales a cargo de Lisandro de la Torre), fueron elementos accesorios empleados por la restauración conservadora para fortalecer su predominio a lo largo de la década.

Durante el gobierno de Uriburu, las fuerzas conservadoras acaudillan por breve lapso la Federación Nacional Democrática (con los socialistas independientes, el radicalismo antipersonalista de Entre Ríos y otros grupos) que presiona sobre el gobierno, con la complacencia de Justo (que se sabía el elegido), para que llame a elecciones que luego serían las de 1931. La Federación se quiebra por la oposición del poderoso Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires y también en ese año los conservadores se darán un nuevo rótulo: nace así el Partido Demócrata Nacional. En este antecedente, sin embargo, puede rastrearse el verdadero origen de la llamada Concordancia (conservadores, radicales antipersonalistas, socialistas independientes) que controló al país desde 1932 a 1943, pese a discrepancias ocasionales con motivo del nombramiento de candidatos para puestos de importante gravitación.

El Partido Demócrata Nacional federaba a agrupaciones provinciales dotadas de cierta autonomía: autonomistas de Corrientes, Concentración Popular de Entre Ríos, Partido Conservador de la provincia de Buenos Aires, demócratas de Córdoba, liberales de San Luis, Mendoza, San Juan, Tucumán y Corrientes, el Partido Provincial de Jujuy y la Unión Provincial de Salta. También habrá discordancias en la actitud de los grupos conservadores —que prefieren no designarse oficialmente con ese calificativo, como con posterioridad a la caída de Perón, cuando se bautizan Federación Nacional de Partidos de Centro, como si no existiera la derecha en el espectro político argentino—, en asuntos como el del ya citado fraude, pues el conservadurismo cordobés y cuyano eran menos favorables a éste que el bonaerense.

Alfredo Galletti afirma que los radicales antipersonalistas "llegaron a constituirse en un núcleo importante, que prestó su adhesión a la gestión gubernativa del general Justo. Obtuvieron una representación máxima de 60 diputados en 1934". Provenían, como es sabido, de la oposición interna a Yrigoyen dentro del partido, y su escisión del viejo tronco se concreta durante la presidencia de Alvear.

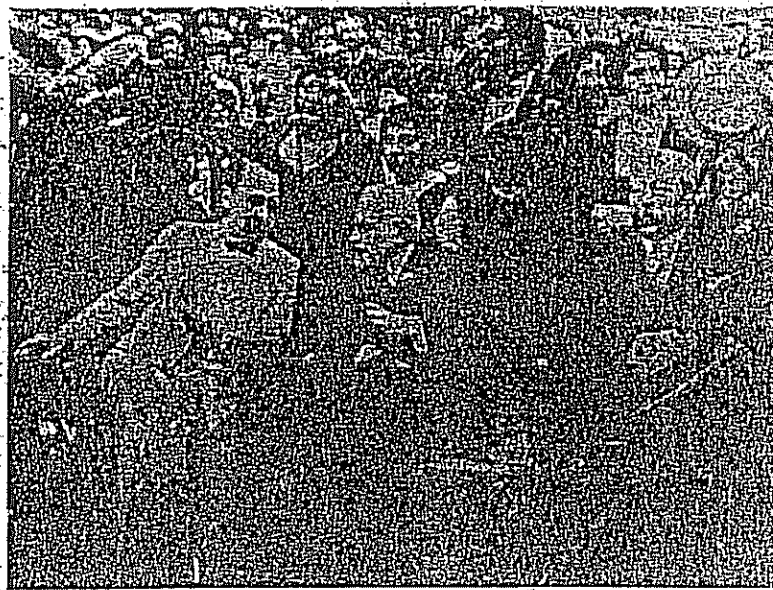


Fig. 6 27 Uriburu y De la Torre en un estadio de fútbol en la ciudad de Rosario, 1931 (Archivo General de la Nación).



Los conservadores supieron cortejarlos con habilidad, explotando su antiyrigoyenismo y cediéndoles a veces puestos de privilegio en el gobierno (candidatura Roberto M. Ortiz), dada la general animadversión popular frente a aquéllos, para salvar las apariencias de una fórmula relativamente "popular". La falta de coherencia ideológica de los antipersonalistas fue evidente, y con el correr de los años llegaron a resultar anacrónicos dada la involución experimentada por la Unión Cívica Radical bajo la conducción alvearista (que en cierta medida los reemplazó políticamente), y el surgimiento dentro del partido radical de sectores que reclamaban un mayor apego a la raíz yrigoyenista: en la década del 30, FORJA, luego independizada del aparato partidario; en la del 40, el Movimiento de Intransigencia y Renovación.

El Partido Socialista Independiente fue el aliado más fiel del conservadurismo durante su breve trayectoria. El grupo tuvo su origen en una disidencia producida en el seno del Partido Socialista en 1927. Pinedo ha declarado que "no veía otro motivo de separación que razones personales o cuando mucho temperamentales", y que "a la larga el viejo partido [el Partido Socialista] ha sabido adoptar en su vida interna y en

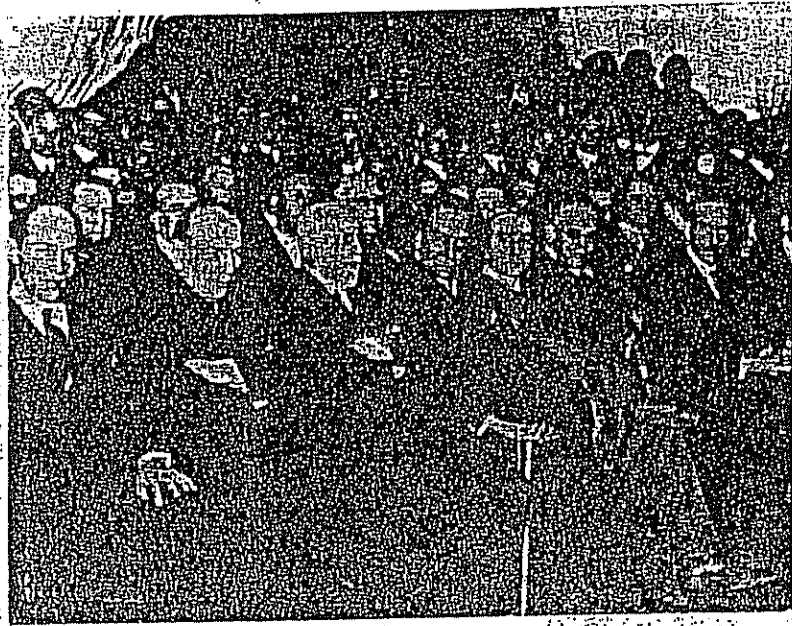


FIG. 6.20. Lisandro de la Torre, candidato al presidente, acompañado por Repetto y Bravo (Archivo General de la Nación).

sus relaciones con el mundo exterior buena parte de las prácticas y modos de actuar que los disidentes queríamos darle y que motivaron nuestra separación".

Los socialistas independientes surgieron como puente entre el ala derecha del socialismo tradicional y la derecha conservadora, y su afán fue dotar a ésta de una flexibilidad de maniobra más pronunciada. Pero cuando el propio Partido Socialista (del cual provenían los independientes) se aplicó a una tarea opositora de estilo europeo, que no excluía una colaboración limitada con el oficialismo, desapareció la razón de ser de los socialistas independientes. Así, luego de su triunfo en las elecciones de la Capital Federal en 1930, alcanzaron a tener 11 diputados en 1932, 6 en 1936 y 2 en 1937, luego de lo cual se borran de la escena.

El obstinado antiyrigoyenismo de que hizo gala el socialismo independiente en los comienzos de su actuación, le permitió en ocasiones conseguir sufragios de sectores urbanos no estrictamente conservadores que se guiaban por las apariencias. Y para algunos votantes los socialistas independientes resultaban, en apariencia, "socialistas" auténticos. En realidad, eran conservadores liberales, como lo ilustra con bastante aproximación la trayectoria de su adalid Pinedo.



## 2. EL AUMENTO DEL PODER DEL EJERCITO

Como signo de la influencia que las fuerzas armadas consolidan en estos años, baste anotar que los dos personajes políticos de mayor importancia en la práctica del poder se llaman Uriburu y Justo, son militares, y ambos llegan a la primera magistratura de la nación. El golpe militar del 4 de junio de 1943 dará paso, en poco tiempo, a Juan Domingo Perón, con lo que culmina esta tendencia al acrecentamiento del poder del ejército en nuestra vida institucional. Ninguna figura proveniente de los partidos alcanzará esa vigencia: ni Alvear, eterno candidato "opositor" del radicalismo, ni el solitario de la Torre, ni los socialistas Mario Bravo, Nicolás Repetto o Alfredo L. Palacios, ni los antipersonalistas Melo o Gallo, ni siquiera Ortiz y Castillo, candidatos triunfantes de la Concordancia, pueden compararse en ese sentido con Uriburu y Justo.

Uriburu ha encontrado por igual panegiristas, tibios defensores y detractores. Los primeros destacan sus virtudes de aristócrata provincial, su desencanto frente a la "política briolla" luego de un fugaz paso por el Congreso como diputado conservador por Salta, y lo llaman "el hombre del destino" (Matías G. Sánchez Sorondo). Los segundos insisten en que era "un patricio de las provincias mediterráneas y vinculado por lazos firmes y numerosos a las familias tradicionales porteñas" (Pinedo). Sus críticos, como el general Severo Toranzo, le reprochan dura-

mente su abuso del favoritismo para terminar su carrera en el ejército, su "trágico desgobierno" después del 6 de setiembre, y su calidad de "agente venal de turbios intereses extranjeros".

Uriburu será la cabeza visible del golpe que lo lleva al poder, pero no podrá evitar que el grupo militar que responde a Justo se imponga en definitiva y que los proyectos de reformas corporativas queden archivados cuando Justo recibe las insignias de su alta investidura de manos del jefe revolucionario de 1930. Para Uriburu, el viaje a Europa y muy pronto la muerte. Para Justo, la culminación de su carrera militar y política.

Agustín P. Justo empieza a adquirir relieve nacional cuando Alvear, electo presidente de la República, lo incluye en su gabinete. El mandatario radical pensaba nombrar nada menos que a Uriburu como ministro de Guerra, pero es disuadido de ello por consejo de altos oficiales franceses sobre la base de que el futuro revolucionario del 30 era germanófilo en exceso; a sugerencia de Tomás Le Bretón, se decide por Justo, que había ocupado como coronel la jefatura del Colegio Militar. A esta altura de su carrera, Justo ya mostraba afinidades con el liberalismo conservador argentino, en su admiración por Bartolomé Mitra y Julio A. Roca como paradigmas de su accionar político, por su "civilismo" (más adelante se dejaría llamar "general-ingeniero"), su bibliofilia y una confesada simpatía por el radicalismo antipersonalista.

La Concordancia lo acepta como candidato presidencial, ya que Justo cuenta con el grueso del ejército a sus espaldas. El general vence en las elecciones, y desde entonces —por medio de su ministro de Guerra, Manuel A. Rodríguez— se dedica a implementar la llamada doctrina castrense de la "profesionalización", que en los hechos no era otra cosa que el renovado apoyo de las fuerzas armadas a la política del primer mandatario, tratando con éxito de eliminar todo tipo de resistencia a ella, fuera abierta o solapada. Además, Justo maniobró ágilmente antes, durante y después de su período, con los conservadores y radicales antipersonalistas —amén de los socialistas independientes— y consiguió también que el radicalismo alvearista secundase objetivamente su política. Pinedo juzga de este modo la administración de Justo: "Si el objetivo de un gobernante puede consistir en obtener la dispersión general y en hacerse dueño absoluto de los partidos adictos, para poder imponerles cualquier solución que interese al jefe del gobierno, sin interferencias de personajes de mayor o menor significación en la política oficialista, sin duda puede decirse que el objetivo fue alcanzado cuando reducida la oposición a la impotencia, los partidos oficialistas se pusieron a la disposición del presidente en forma casi ilimitada."

consecuencias del golpe del 6 de setiembre de 1930

\* El movimiento militar del 6 de setiembre de 1930 tuvo como consecuencia acaso fundamental el haber enseñado a varias generaciones de militares, de oficiales a cadetes, que el camino más corto hacia la Casa Rosada no coincide por fuerza con la vía electoral. Muchos de los integrantes de la plana mayor revolucionaria del '30 reaparecen en otros golpes y asonadas desde esa fecha a nuestros días: Perón, por ejemplo, desempeña un papel menor como capitán en el movimiento de setiembre, ya es coronel en 1943 y avizora el ascenso de su estrella como integrante del cou, la influente logia militar que lo llevará al poder.

\* Uriburu, en su mensaje al "pueblo de la República", esbozaba la tesis del destino manifiesto de las fuerzas armadas como custodio supraconstitucional de los gobiernos consagrados por elecciones, o el réemplazo de éstos por aquéllas si los militares lo consideraban necesario u oportuno. El general salteño era un precursor.

Tanto Uriburu como su sucesor Justo (éste en los primeros meses de su período) tuvieron que enfrentar dentro del ejército sublevaciones de grupos disconformes de tendencia yrigoyenista, que terminaron en el fracaso. La propensión al divisionismo y a la fragmentación dentro de nuestras fuerzas armadas también puede rastreadse, entre otros, en episodios como las asonadas encabezadas por el general Toranzo (1931), el teniente coronel Gregorio Pomar (1931), el movimiento cívico-militar del teniente coronel Atilio Cattáneo (1932), la patriada de Paso de los Libres al mando del teniente coronel Roberto Bosch (1933).

Si bien los intentos subversivos carecieron en general del número de adherentes y la organización de cuadros indispensables para el triunfo sobre un gobierno dispuesto a enérgicas represiones, es evidente además que ninguna insurrección armada podía haber cosechado éxito sin una dirección política adecuada, o con una dirección política opuesta a la solución insurreccional. Esto era lo que, en último análisis, deseaba evitar el radicalismo de Alvear, que siguió confiando hasta su muerte (1942) en que la Concordancia le otorgaría al fin su salvoconducto para volver a la presidencia de la República como representante de un radicalismo cada vez más ajeno a las ideas de Yrigoyen.

El "apoliticismo" del ejército, basado en la citada doctrina de la "profesionalización" de las fuerzas armadas, encontró un apasionado defensor en el ministro Rodríguez. En los agitados debates parlamentarios en torno de las consecuencias de la Ley de Armamentos dictada durante la presidencia de Alvear (cuyo ministro de Guerra era Justo), Rodríguez

apoyó con vigor al gobierno y a la misión nacional de las fuerzas armadas, y su voz encontró eco en las mayorías oficialistas que preferían elogiar al ejército antes que asumir sus propias responsabilidades. La crítica socialista, como tantas otras veces, resonó en el vacío.

Ese "apoliticismo" castrense durante 1930-43 consistía en declararse consagrado a la defensa de las fronteras exteriores mientras toleraba de modo pasivo el enfeudamiento económico y político de la Argentina a Gran Bretaña. Nadie ha pintado mejor que Raúl Scalabrini Ortiz el trasfondo de esa doctrina, en 1935: "El ejército está al margen de la política, expresó en la Cámara de Diputados el actual ministro de Guerra, exhibiendo así carencia de comprensión de la realidad argentina y escasez de esa pasta con que se hacen los gobernantes de pueblos. El ministro no veía la función política que por simple inercia desempeña el ejército, a pesar de formar parte de un gobierno que está amparado justamente en esa inercia. Porque si no contara con el auspicio del ejército, ¿con quién contaría este gobierno cuyos ministros van a las cámaras a defender con ardoroso tesón los intereses de Inglaterra y no los de la Argentina? . . . Si no contara con el ejército, ¿con quién contaría este gobierno negado por todos los hombres argentinos que tienen conciencia de hombres libres y no se avienen a caer en servidumbre de una nación extranjera como Inglaterra sin haber sido derrotados, siquiera, en el campo de batalla?"

### 3. LA IGLESIA: PRESTIGIO Y PODER

Desde 1930 a 1943 aproximadamente, la Iglesia Católica y sus órganos de expresión, tanto los documentos oficiales de la jerarquía como las publicaciones que oficiosamente la representan, van a centrar su atención en unos pocos temas de interés. Los puntos claves serán el mantenimiento de las disposiciones legales contrarias al divorcio absoluto y la brega por la implantación de la enseñanza religiosa. El contexto antiliberal en que la Iglesia mueve su estrategia —una estrategia que en muchos casos hay que inferir de hechos aislados o de consecuencias indirectas— se expresa en el tono de su prédica, caracterizado de modo ejemplar por los escritos de monseñor Gustavo J. Franceschi. También es cierto que los matices detallan mejor el panorama, como lo indica el nombre de monseñor Miguel de Andrea, más afecto a la variante del catolicismo social y con abundantes vinculaciones amistosas en los partidos políticos tradicionales.

El problema del divorcio tuvo eco en el Parlamento, y la representación del pensamiento liberal estuvo a cargo de la bancada socialista. La pugna ideológica habrá de reiterarse en campos afines como la separación de la Iglesia y el Estado (siguiendo las huellas de Juan B. Justo), el laicismo escolar, etcétera. El socialista Américo Ghioldi lo declaraba así en 1933: "Muchos hemos venido a esta Cámara con un programa liberal

perfectamente definido; nadie que nos haya votado ha podido ignorar nuestro punto de vista en materia religiosa."

Un proyecto que establecía el divorcio vincular en la Argentina fue debatido minuciosamente en la Cámara de Diputados (1932), donde resultó aprobado por 98 votos contra 26, en medio de acusaciones bastante fundadas sobre la presión que —indirectamente y por medio de agrupaciones como la Acción Católica— ejerció la jerarquía católica para conseguir su rechazo. El Senado jamás consideró el proyecto de ley de Diputados.

Así como para el divorcio la Iglesia hacia hincapié en mantener el estado de cosas existente (legislación prohibitiva de la separación absoluta), para el caso de la enseñanza religiosa propugnará el cambio de las normas legales. Y el cambio llegará, como una consecuencia más del movimiento militar del 4 de junio de 1943, con el decreto-ley que implanta la enseñanza de la religión católica en las escuelas (31 de diciembre de 1943). El terreno ya había sido preparado, en la provincia de Buenos

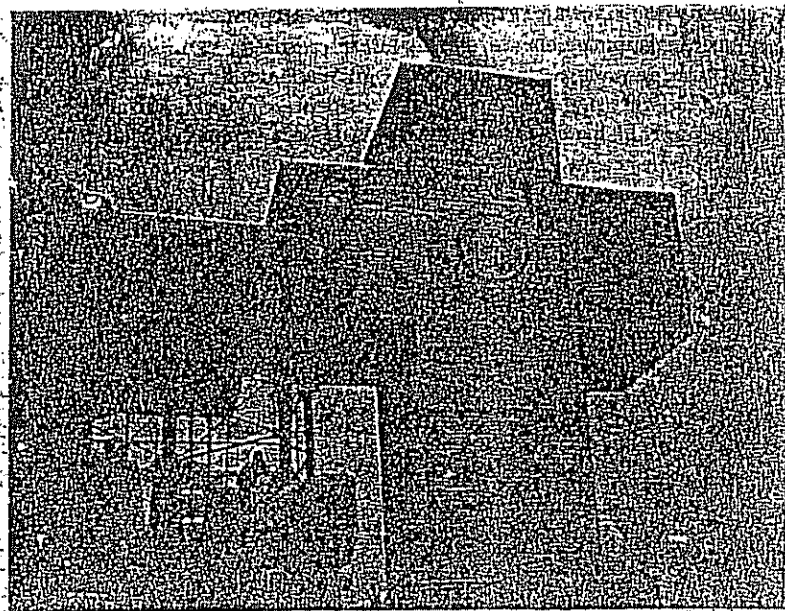


Fig. 6.29. Gran Cruz levantada para el Congreso Eucarístico Internacional, octubre de 1934. (Archivo General de la Nación).

Aires, por un decreto del gobernador conservador Manuel Fresco, del 6 de octubre de 1936, que establecía dicha enseñanza doctrinal en las escuelas primarias, dentro del horario de clases.

La oposición Partido Socialista-Iglesia Católica subraya el tono liberal-antiliberal en que se conducían los debates parlamentarios del período, con fuerte contenido anticlerical por parte de aquél. El socialismo se opone a las franquicias a participantes en el Congreso Eucarístico de 1934; a la labor de "organizaciones internacionales" (léase congregaciones religiosas católicas) que actuaban civil y comercialmente en el país; a la propaganda religiosa en establecimientos educacionales de primera y segunda enseñanza. Intentará, además, reducir los gastos destinados a la Iglesia (y también al ejército) en cada discusión de la ley del presupuesto, secundado invariablemente por los diputados demócrata-progresistas.

Dos importantes acontecimientos ayudan a comprender mejor el avance creciente del prestigio y del poder de la Iglesia entre nosotros. El primero fue la reunión del Congreso Eucarístico Internacional (Buenos Aires, 9-14 de octubre de 1934). Aparte de su intrínseca significación de acto de culto religioso, el Congreso permitió que el gobierno de Justo comprendiera la importancia de obtener cierto respaldo católico a su política de "fraude y privilegio", como tan gráficamente la resume José Luis Romero. De ahí que la oración del presidente de la República consagrando el país al Sacratísimo Corazón de Jesús anticipara el fuerte tinte



Fig. 6.30. El presidente Justo y autoridades reciben al delegado papal, cardenal Pacelli, 1934. (Archivo General de la Nación)

clerical que su gobierno habría de adoptar en adelante. Además, "desde los días del Congreso Eucarístico, se fue acentuando la influencia de los grupos católicos. Durante la guerra europea hubo verdadero acuerdo entre grupos de la derecha católica y grupos de militares nacionalistas" (Alfredo Galletti).

El segundo: la Acción Católica Argentina, establecida mediante la pastoral colectiva del 1º de diciembre de 1928, cobrará gran auge durante la década siguiente y primeros años de la posterior: de unos ochenta mil socios cotizantes en 1940 pasa a noventa y ocho mil en 1943, además de otros varios cientos de miles de adherentes, según constancias de la propia institución. Sus labores, aparte de colaborar en la censura de publicaciones y espectáculos por la tolerancia de autoridades municipales de Buenos Aires y otras ciudades, consistirán de preferencia en campañas pro-afianzamiento de los principios católicos en el campo político y social "en íntima unidad con la jerarquía, subordinadamente y bajo su suprema e inmediata dirección" (documento de la ACA, 1944).

La Acción Católica Argentina vendrá a constituirse en un verdadero grupo de presión en favor del clero, en el grupo laico más importante de la Iglesia, y en sus filas se formarán muchos jóvenes que ingresan a la política "grande" después de 1943 —durante el auge clerical-nacionalista— para continuar defendiendo desde sus posiciones los intereses mundanos de la religión católica, que consideraban también por derecho los suyos propios. Los grupos nacionalistas de derecha como *outsiders*, y los laicos de la Acción Católica en forma más o menos oficiosa, eran las dos alas de la estrategia confesional.

La propaganda antiliberal, que la gran mayoría del clero católico argentino realiza por esos años, está conectada con fenómenos europeos que la explican parcialmente: el Concordato entre Mussolini y el Vaticano (1929) y la actitud de pasividad, cuando no de complicidad, que desde ese entonces adopta Roma frente al gobierno fascista (declinación fomentada de los *popolari* de Luigi Sturzo, obligación de que los miembros de la Acción Católica italiana sean personas no "adversas al fascismo", etcétera); la guerra civil española de 1936-1939, y el triunfo de Franco, "caudillo de España por la gracia de Dios".

Monseñor Franceschi, desde su tribuna de la revista *Criterio*, nos brinda un buen ejemplo que no será el único de esa tendencia: Defensor del fascismo italiano y de su *duce* Mussolini ("un orientador insigne"), de los insurrectos españoles, de los gobiernos fuertes, comprensivo en elceso frente al nazismo alemán, polemista en cuestiones religiosas con

#### 4. LAS OPOSICIONES

##### 1. Las izquierdas: socialista, demócrata progresista y comunista

El Partido Socialista, y en menor escala el Demócrata Progresista acaudillado por Lisandro de la Torre, formaron en esa época la principal oposición parlamentaria a la Concordancia, por lo menos hasta el levantamiento de la abstención electoral que el radicalismo alvearista efectuó el 2 de enero de 1935.

El comunismo criollo, minoritario y por lo común en la clandestinidad o semilegalidad permanentes, completa el cuadro de las fuerzas de la izquierda y del centro que pueden rotularse como no oficialistas entre 1930 y 1943.

Los socialistas mantuvieron un respetable y continuo caudal de votos en la Capital Federal, y en ocasiones pudieron apreciarse módicos brotes (que sin embargo no perduraron) en otras zonas del país, de preferencia urbanas. Esto último se debió en buena medida a la abstención radical, ya que muchos ciudadanos preferían inclinar sus sufragios de modo temporario al partido fundado por Juan B. Justo. En el período que venimos considerando, la figura más representativa del Partido Socialista en Diputados fue Nicolás Repetto, que se orientaba cada vez más hacia una derecha socialdemócrata. A su lado figuraron muchos parlamentarios

de la misma corriente, incluido el entonces juvenil *heir apparent* de Repetto, Américo Ghioldi. En el Senado, los perfiles clásicos de Mario Bravo y Alfredo L. Palacios (vuelto este último al redil del "viejo y glorioso" Partido) cumplían la tarea de oposición democrática en un régimen fraudulento.

Los socialistas subrayarán en muchas oportunidades su falta de participación en el golpe del 6 de setiembre: "No se puede derrocar gobiernos que se consideran malos para igualarlos y superarlos en sus vicios y desaciertos", dirá Repetto en la Cámara de Diputados en 1932. Su gran intento de ofrecer una alternativa electoral a la candidatura de Justo lo constituye la *Alianza Civil*, que forman con los demoprogresistas para los comicios de 1931. El abstencionismo radical, como reacción frente al veto de la candidatura Alvear, fortalecerá su caudal de votos; los socialistas lograrán cuarenta y tres diputados y tres senadores en la legislatura que inicia sus sesiones en 1932. Repetto, otra vez, lo reconoce con claridad: "Arrebatado a los radicales el derecho de presentarse a las elecciones del 8 de noviembre de 1931, una gran parte de ellos votaron la fórmula presidencial de la alianza socialista-demócrata progresista y la lista de legisladores nacionales del Partido Socialista."

La labor parlamentaria, entonces, caracteriza por sobre toda otra la posición del socialismo durante 1932-1942. Decidido a respetar las reglas del juego, busca aliados en partidos reducidos como el Demócrata Progresista en lugar de encarar una seria labor conjunta con sectores del radicalismo (como lo pedía Joaquín Coca, que luego emigrará al efímero Partido Socialista Obrero, será diputado nacional por esta última agrupación, y dejará un colorido testimonio de sus puntos de vista en *El Contubernio*), y a partir de 1939 preocupado más por los avatares del conflicto bélico mundial que por las necesidades de vastos contingentes humanos que se incorporaban a la vida política argentina (a los que el oscuro coronel Perón dirigirá su atención a partir de 1943), atraía junto con votantes urbanos de clase media no-radical a obreros industriales a los que sin embargo no lograría conservar adictos en el futuro. Su constante aversión por la "política criolla" lo alejaba de importantes sectores populares que en teoría debía —y hubiera debido— representar.

En el Congreso, la bancada socialista debatía con minuciosidad proyectos sobre el divorcio vincular, presentaba pedidos de informes, proponía la concesión de derechos políticos a la mujer, interpelaba a ministros, protestaba contra el fraude, solicitaba quitas a los presupuestos del ejército y del clero, apoyaba a las democracias capitalistas en su lucha contra el Eje. Acaso lo más relevante de su labor haya sido la función precursora

Lisandro de la Torre, en ocasiones antisemita, siempre antisocialista, este clérigo católico sintetiza en sus ideas muchos de los temas preferidos del nacionalismo criollo que también, y paralelamente, crece en los centros urbanos argentinos como una reacción más ante la quiebra del Estado liberalburgués. Monseñor de Andrea, como ya dijimos, encarnará la vertiente minoritaria del "catolicismo social".

Un resumen de las relaciones entre la Iglesia Católica y el poder político en Argentina, debe señalar a modo preliminar que los vínculos entre la primera y los últimos gobiernos conservadores y los radicales (Yrigoyen, Alvear, Yrigoyen), fueron por lo general cordiales (salvo algún incidente aislado como el frustrado arzobispado porteño que no pudo obtener de Andrea, pese al apoyo de Alvear, contra el cual se impuso en última instancia el Vaticano). Cuando Urriburu se hace cargo de la presidencia, la jerarquía y miembros caracterizados del clero contemplarán con simpatía y apoyarán su obra de gobierno. El propio jefe de la revolución, en reportaje publicado en *Criterio* (1930), manifestaba: "Estoy en la corriente de ideas que ustedes difunden y defienden."

Existe un documento clave de la Iglesia Católica que da la tónica de su posición frente a lo político. El mismo será reiterado unos quince años después, para servir al triunfo del candidato Perón. Se trata de una pastoral del episcopado referente al laicismo moderno y los deberes actuales de los católicos, emitida poco antes de las elecciones de 1931 que consagrarían la fórmula Agustín P. Justo-Julio A. Roca. Es célebre el fragmento siguiente: "Ningún católico puede afiliarse a partidos o votar a candidatos que inscriban en sus programas los principios siguientes: 1º) La separación de la Iglesia y el Estado, 2º) La supresión de las disposiciones legales que reconocen los derechos de la religión, y particularmente del juramento religioso y de las palabras en que nuestra Constitución invoca la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia; porque tal supresión equivale a una profesión pública y positiva de ateísmo nacional. 3º) El laicismo escolar. 4º) El divorcio legal."

Como se ve, un simple programa antiliberal. Los destinatarios obligados de la prohibición episcopal eran evidentemente los candidatos liberales de la Alianza Civil, de la Torre y Repetto, aunque por supuesto no se los menciona explícitamente.

El general Justo, sobre todo, a partir del Congreso Eucarístico, no eludirá ocasión para congraciarse con el clero católico, como lo demuestra el balance de su labor de gobierno en el terreno del culto. Dicha cordialidad no se alteró, en lo fundamental, durante la gestión de Ortiz y Cas-

tillo (1938-1943), si bien es necesario destacar que algunos sectores de formación católica — los "nacionalistas" — desarrollan con anterioridad a 1943 una fuerte campaña antiliberal (lo cual no extraña a nadie), teñida ahora del signo nazi más que del fascista, y de un fuerte matiz anticomunista: es el auge de la "guerra relámpago" de Hitler en Europa y en la Unión Soviética. La Iglesia — su jerarquía — sabría capitalizar luego del 4 de junio los esfuerzos de esta corriente que, claro está, no la representaba "oficialmente". Y por ende se fortalecerán las vinculaciones entre el clero y las fuerzas armadas, por medio de los laicos nacionalistas y católicos.

que algunos de sus afiliados (como Palacios en primera fila) tuvieron en la formulación, y a veces en la aplicación, de principios y normas legales sobre derecho laboral y de previsión social, que sin embargo eran minuciosamente recortados por la mayoría oficialista o desvirtuados en sus alcances por una jurisprudencia regresiva.

El mecanismo partidario del socialismo sufre durante ese lapso —y el hecho se agravará durante y después del peronismo— de un anquilosamiento de sus cuadros directivos frente a las renovadas quejas de los sectores juveniles, lo cual explica en buena medida la historia de escisiones dentro del partido. A la división de los socialistas independientes en 1927, hay que añadir la de los socialistas obreros de Coca en 1936.

La colaboración con otros partidos, inaugurada por el socialismo en 1931 con la Alianza Civil y reiterada después de 1943 en la Unión Democrática, es acompañada en ambas ocasiones por el Partido Demócrata Progresista, con base casi exclusiva en la provincia de Santa Fe.

El origen remoto de la democracia progresista se vincula con las decepciones sufridas por de la Torre en sus contactos con el radicalismo yrigoyenista y el conservadurismo dominado por la máquina política bonaerense. (También Juan B. Justo había pasado fugazmente por la Unión Cívica Radical en sus comienzos políticos de fines del siglo XIX.) Pero el origen inmediato del PDP es la formación de la santafesina Liga del Sur, "esencialmente federalista y municipalista". Las concepciones principales de la democracia progresista se remiten en ocasiones al radical-socialismo francés, y hallan expresión concreta en la derogada Constitución provincial de Santa Fe de 1921:

El partido se vigorizaba esporádicamente por la acción de su fundador en el Senado, pero una vez muerto éste por propia voluntad el 5 de enero de 1939, entró en una especie de letargo del cual nunca pudo recuperarse. También, a causa de la abstención radical ya aludida, experimentó una correlativa "inflación" de sufragios que le permitió alcanzar catorce diputados en 1932-33. Dicho declinar puede explicarse por el carácter en cierto modo artificial de la agrupación, centrada alrededor de un solo hombre —de la Torre— que había reaccionado contra el personalismo y el paternalismo populachero que, a su juicio, habían caracterizado a Yrigoyen. Coca definió tajantemente al partido de de la Torre: "Es un grupo de universitarios que han inventado (o se han apropiado, porque la cosa es vieja) una receta para formar partidos electorales: *centristas*, y que consiste en equidistarse teóricamente de los extremistas de la derecha y de la izquierda para hacer así partidarios del *justo medio*, como se decía

antaño, a fin de evitar a la vez la reacción y la revolución. En realidad se trata de grupos conservadores-liberales, más conservadores que liberales y más reaccionarios que revolucionarios."

El creador del PDP fue también consciente de la inutilidad esencial de su lucha política, y así lo ha testimoniado en su correspondencia: "No sé hasta dónde pondré en práctica este año [1934] su patriótico consejo de decir al gobierno, incesantemente, verdades molestas, por el doble motivo de la inutilidad del esfuerzo en un ambiente de plomo y a causa de ese desgano profundo de la acción de que le he hablado otras veces." Y al año siguiente: "A la distancia debo parecerle a usted un combatiente enardecido y hasta embriagado por la victoria. ¡Ojalá fuera así! En realidad soy el esclavo de una labor monótona que se renueva sin cesar y me obliga al empleo de mis últimas energías sin tener fe en nada, casi sin objeto."

Por fin, el Partido Comunista argentino completa el panorama de la izquierda en el escenario político de esos años, casi siempre perseguido con saña por todas las administraciones desde 1930 a 1943.

Su trayectoria, por cierto, no puede caracterizarse de rectilínea si se analizan superficialmente los cambios de estrategia y táctica que lo informan.



Fig. 6.31. La policía impide la acción de huelguistas, 1942 (Archivo General de la Nación).



Antes de la caída de Yrigoyen, su crítica al anciano gobernante es indiscriminada y no repara en los peligros de un golpe militar como el que se vislumbraba. En agosto de 1930, una publicación oficial dice que la política radical es "represiva, reaccionaria, fascizante, contra el proletariado en lucha". Acaso estos conceptos hubieran servido mejor para caracterizar al régimen de Uriburu.

Frente a Uriburu y a su sucesor Justo, el PC afrontó sacrificadamente la represión, pero los resultados políticos de esa lucha no le produjeron dividendos apreciables. El extremismo infantil dominó a muchos de sus dirigentes, que llegaban a propugnar, como Luis V. Sommi, (jefe de la Argentina y en la década del treinta) el "paso del poder al proletariado y a los campesinos".

La concepción extremista predominó hasta marzo de 1935, cuando el Comité Central reconoció sus errores y dispuso cambios en las altas instancias partidarias: se iniciaba la época de los "frentes populares" en el plano mundial, pues la Unión Soviética consideraba que, en esa forma, podía neutralizarse el peligro nazi que tanto la preocupaba. La Argentina no podía eludir la aplicación de la fórmula elaborada en Moscú, y el PC se dedicó a buscar "la unidad de acción de las fuerzas democráticas". El Partido Socialista no vio con buenos ojos el proyecto, y la "intransigencia" alvearista malogró toda posibilidad de este tipo. El Frente Popular argentino no cuajó. Independientemente de ello, los comunistas apoyaron la candidatura presidencial de Alvear, y luego al gobierno de Ortiz.

Existe en la historia del PC un interregno que puede llamarse "neutralista", que sus documentos no mencionan. A partir de la iniciación de la guerra en setiembre de 1939, y hasta el 20 de julio de 1941 (fecha en que la Alemania nazi invade a la Unión Soviética), los comunistas locales no tomarán partido en el conflicto. Era otra consecuencia del pacto de no agresión firmado por Molotov y von Ribbentrop en agosto de 1939.

Con posterioridad al ataque hitlerista, el panorama se recompone: la URSS es aliada de Inglaterra, Francia y luego Estados Unidos, frente al nazismo; la guerra ya no es interimperialista. Todos los esfuerzos comunistas se dedican a favorecer la causa aliada, con olvido de los cambios sociales que venían gestándose en nuestro país, y ello no contribuye a aumentar su arraigo en la clase obrera y campesina argentina. La obsesión por la "unidad" con otros partidos políticos fructificara poco después en la Unión Democrática, concertada con radicales, socialistas y demoprogresistas, y con el apoyo externo de sectores conservadores.

Las variaciones tácticas y de fondo del comunismo argentino obedecieron a su concepción internacionalista de los problemas, que ligaba de manera harto estrecha (y no precisamente dialéctica) la suerte de la Unión Soviética al mando de Stalin con nuestra propia suerte, sin advertir que el problema era justamente el opuesto: de lo particular a lo universal, y que la "cuestión nacional" era lo urgente y previo.

## 2. El radicalismo: oposición revolucionaria y legal

La década del treinta es casi con seguridad uno de los momentos cruciales en la evolución de la Unión Cívica Radical, y explicará muchos desarrollos posteriores. Los sucesos significativos se acumulan: la UCR deja de ser oficialismo; se persigue a sus dirigentes, desde el propio Yrigoyen hasta intelectuales como Ricardo Rojas; se le cierra el camino del comicio (veto de la candidatura Alvear-Güemes en 1931); el radicalismo pasa a la abstención electoral; algunos núcleos militares y civiles intentan la asonada revolucionaria (Pomar, Cattáneo, Bosch...); Alvear dirige al partido en una línea conciliatoria, especulando con su capacidad de maniobra y el innegable apoyo popular con que contaba la UCR; surge un grupo opositor a la conducción oficial (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, FORJA); y a partir de 1943 pasa a predominar la idea de una "Unión Democrática" con socialistas y demoprogresistas.

Merecen recordarse algunos puntos esenciales de la actuación de la UCR en su tránsito de una postura abstencionista a la de oposición legal dentro del sistema político de la restauración conservadora.

El aplastamiento de las intentonas revolucionarias de origen radical, que en caso de haber resultado triunfantes hubieran justificado la actitud de abstención electoral en que vive el partido hasta 1935, es ya un hecho consumado. Alvear y la dirección partidaria que él controlaba se inclinaron progresivamente a volver a participar en los comicios por las tres razones que señala Gabriel del Mazo: "1º) Poner a prueba la sinceridad de la invitación del gobierno, para coparticipar en el orden legislativo, bajo promesa solemne de limpios comicios; 2º) organizar parlamentariamente una oposición que pusiera coto al manejo todopoderoso e impune que el gobierno tenía en todos los aspectos de la administración pública; y 3º) ir tomando posiciones en los cuerpos deliberativos para que, en 1938, cuando la Unión Cívica Radical llegara al gobierno ejecutivo del país, tuviese mayorías experimentadas." ¿Será necesario acotar que no se realizó ninguno de los objetivos?

Los "limpios comicios" siguieron brillando por su ausencia, ya que, fuera de aisladas y ejemplares situaciones provinciales —la gobernación Sabattini en Córdoba—, el fraude oficial no hacía sino perfeccionar sus técnicas.

La "oposición" radical en el Parlamento toleró que se incorporasen a la Cámara de Diputados los representantes ilegalmente electos por la provincia de Buenos Aires, en 1936, sin discutir sus diplomas; su labor en la Comisión especial de Diputados para estudiar el asunto de las concesiones eléctricas de 1936 hizo posible el otorgamiento de un verdadero *bill* de indemnidad a los complicados en el negociado (recordemos que el monopolio eléctrico había otorgado fuerte apoyo financiero a las campañas de Alvear y el partido); por fin, fue evidente la colaboración parlamentaria radical durante las presidencias de Ortiz y Castillo, y eso que ya en 1940 la UCR contaba con ochenta diputados y quórum propio en la Cámara Baja.



Fig. 6.32. Pulacios entre los defensores de Alvear, 1932 (Archivo General de la Nación).

Pero en 1942 la posibilidad de un retorno del radicalismo y sus "mayorías experimentadas" en los cuerpos deliberativos comenzaba ya a declinar: el Partido Socialista ganó la mayoría en Diputados, en uno de los pocos distritos —la Capital Federal— donde los comicios eran tolerablemente honestos.

El radicalismo, a partir del levantamiento de su abstención (que carecía de sentido sin un correlativo alzamiento revolucionario), pasó a convertirse en un partido más dentro del esquema fraudulento de la época —sin duda el más numeroso y popular en cuanto a sus seguidores—, y contribuyó a avalar en lo interno y en lo internacional las medidas entreguistas en que fue tan pródigo el período. Alvear tipifica a la perfección esta actitud de "leal oposición de Su Majestad", que se desenvolvía dentro de un marco falseado constantemente por la ilegalidad y la discriminación.

El más articulado de los grupos radicales opuestos al liderazgo alvearista fue la ya citada FORJA, que intentó "un retorno a la doctrina nacionalista aunque yacilante de Yrigoyen" (Juan José Hernández Arregui), impulsada por sectores de "la clase media universitaria de Buenos Aires, en sus capas menos acomodadas, con posteriores ramificaciones en el interior del país".

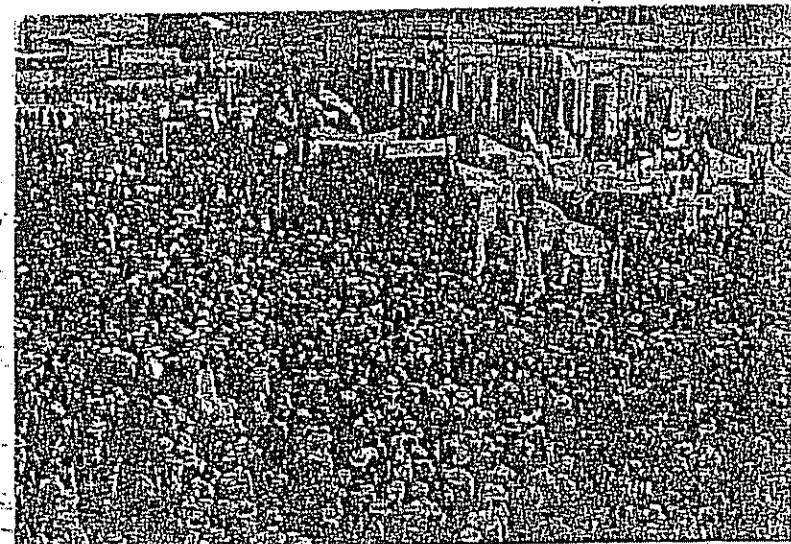


Fig. 6.33. Córdoba: proclamación de Alvear y Mosca, candidatos a presidente y vicepresidente de la Nación para la elección de 1937 (Archivo General de la Nación).

La empeñosa prédica del movimiento forjista se centró en la denuncia del imperialismo económico británico que dominaba a la República mediante el "estatuto legal del coloniaje"; y propugnó un encauzamiento de la Argentina según formas democráticas. En la Segunda Guerra Mundial FORJA mantuvo una consecuente actitud neutralista, en la tradición internacional del presidente Yrigoyen.

FORJA atravesó en su evolución por lo menos por dos periodos. El primero, desde su fundación en 1935 hasta unos cinco años después, se caracterizó por la insistencia en "renovar" al radicalismo desde dentro del partido; el segundo, que se clausura en 1945, se concretó en la elaboración de un programa de acción capaz de atraer a sectores no radicales del electorado. La trayectoria de algunos de sus principales integrantes ejemplifica estas tendencias.

Del Mazo y Luis Dellepiane, por ejemplo, forjistas en su momento, proseguirán sus esfuerzos en el Movimiento de Intransigencia y Renovación, que en la década del 40 alcanzará el control de la UCR.

Otros, como el radical Arturo Jauretche y el nacionalista Raúl Scalabrini Ortiz, se incorporan a las filas del peronismo cuando FORJA considera que este movimiento puede llevar a mejor término su programa original. Así lo declara la asamblea general reunida el 15 de diciembre de 1945: "El pensamiento y las finalidades perseguidas al crearse FORJA están cumplidos al definirse un movimiento popular en condiciones políticas y sociales que son la expresión colectiva de una voluntad nacional de realización cuya carencia de sostén político motivó la formación de FORJA ante su abandono por el radicalismo."

Pero FORJA, en la época que nos ocupa, no pasó de formar un débil grupo de presión interna en la UCR, que hostigaba ruidosamente a los alvearistas dominadores del aparato partidario y esperanzados en volver al poder mediante la graciosa condescendencia de la Concordancia.

Robertó M. Ortiz, como candidato a presidente, dijo en uno de sus discursos: "La opción es clara y terminante: se está con los gobiernos de 1930, o con los de 1937. Con la demagogia disolvente y corruptora, o con la democracia constructiva puesta al servicio del progreso nacional." Y más adelante: "No son simplemente dos partidos los que se enfrentan en los próximos comicios, son dos tendencias antagónicas. Una, la que representamos, está inspirada en los fundamentales sentimientos de nacionalidad; la otra, que combatiremos con toda nuestra energía cívica, se asocia íntimamente a los más innobles impulsos demagógicos."

Ortiz, elegido por la Concordancia, era un radical de extracción antiperonalista que fustigaba en último análisis a la "demagogia disolvente y corruptora" no sólo del radicalismo yrigoyenista sino del propio partido alvearista. Concordancia y radicalismo alvearista fueron, pues, los únicos adversarios políticos importantes en la época, aunque entre ellos menudearon las colaboraciones ocasionales. Y los dados estuvieron siempre cargados en favor de la primera, hasta que el ejército intervino en la partida en 1943.

## 5. LOS NACIONALISTAS Y SUS RELACIONES CON EL REGIMEN RESTAURADO

En cierto sentido, las corrientes nacionalistas (parece preferible esta denominación al sustantivo "nacionalismo", pues indica mejor la carencia de una estructura partidaria efectiva y unificadora) son otro de los subproductos de la restauración setembrina, que acaso contribuyeron involuntariamente a engendrar apoyando en el movimiento militar del 30 la tendencia Uriburu que luego sería eliminada por Justo.

Los modernos nacionalistas que han sido calificados de "clericales", "aristocráticos", "de derecha" u "oligárquicos", se afianzan ideológica y políticamente como mentores de Uriburu en los tiempos previos al 6 de setiembre. Leopoldo Lugones, de vuelta de su socialismo finisecular y en plena "hora de la espada", y Carlos Ibarguren, de vuelta de su liberalismo demócrata-progresista, serán —sobre todo este último— precursores importantes. Influencias externas destacadas serán las de Charles Maurras y su *Action Française*, el autoritarismo hispánico de Miguel Primo de Rivera (a partir de la guerra civil, el ejemplo de Franco lo reemplazará como modelo predilecto), el fascismo de Mussolini, y en aspectos parciales el corporativismo de Oliveira Salazar y el nazismo de Hitler.

Podemos resumir ahora algunas nociones básicas sobre este grupo de hombres que hacen del nacionalismo su *raison d'être* política y hasta

religiosa (para decirlo con palabras de Marcelo Sánchez Sorondo, hijo del conocido dirigente conservador: "Hay un grupo de hombres con todos los síntomas visibles e invisibles de una generación que sólo por católicos llegaron al fascismo, que por su inteligencia católica comprendieron toda la grandeza del resurgimiento secular que proclama el fascismo")

Los nacionalistas eran, básicamente, antiliberales. Rechazaban los principios del constitucionalismo liberal y del *laissez-faire* económico. Compartían además la convicción de la Iglesia Católica, para la cual el liberalismo intelectual resultaba peligroso porque suponía que todas las doctrinas eran merecedoras de idéntica libertad de difusión. Otros maestros de esta generación argentina serán León Bloy, Charles Peguy, Gilbert K. Chesterton, Hilaire Belloc, Giovanni Papini y Ramiro de Mueztu.

Los nacionalistas criollos eran hispanistas. Esto es, creían en la rehabilitación histórica y cultural de la España conquistadora y colonizadora. A la leyenda negra en que sus progenitores conservadores y liberales habían resumido la acción de España en América, opusieron una renovada leyenda rosa que atribuía todos los elementos positivos de la historia argentina

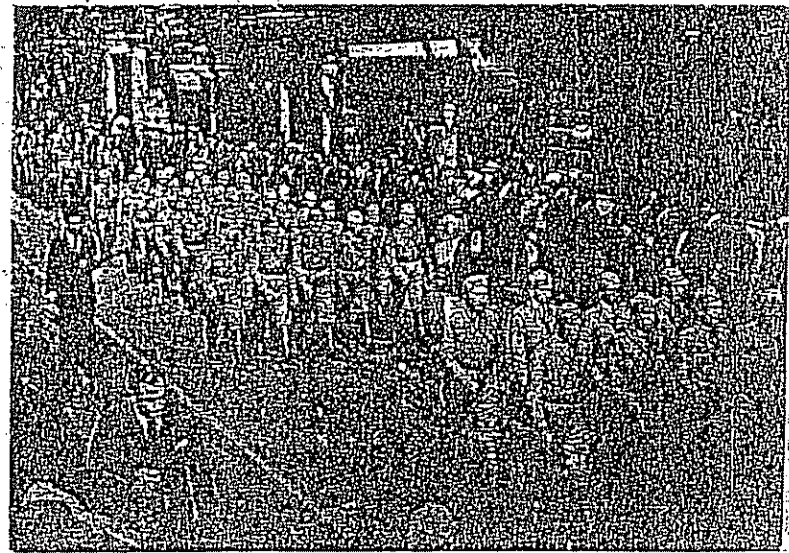


Fig. 6.34. La legión cívica desfilando por Callao; 6 de setiembre de 1933 (Archivo General de la Nación).

a la influencia directa o indirecta de la madre patria, y todo lo espurio y degradante al influjo europeo. El hispanismo nacionalista será muy importante por el énfasis que muchos de sus autores ponían en una nueva unión de "la cruz y la espada" como pilares del régimen que deseaban para nuestro país. Esta vertiente hispanista se anticipó en algunos años al triunfo insurgente en la guerra española. Alcanzó su culminación con Franco y también fue utilizada como sostén ideológico de una agrupación de los Estados latinoamericanos opuesta al "panamericanismo" de origen norteamericano, demasiado contaminado por influencias anglosajonas.

La aplicación del hispanismo y el antiliberalismo ya mencionados a la circunstancia local, daba como resultado la postulación de otro paradigma argentino: Juan Manuel de Rosas, glorificado sobre todo como insigne patriota que resistió con éxito la intervención anglofrancesa en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX, y se opuso a la penetración del capital extranjero. El rosismo, y la corriente de revisionismo histórico que engendró, se combinaron como constantes en el pensamiento de los nacionalistas argentinos.

Pueden añadirse, para terminar, otros aspectos accesorios que se dieron en forma más o menos corriente en el programa de los grupos nacionalistas: el antisemitismo que inficionó a algunos escritores talentosos, que achacaban a los judíos —y en esto repetían la lección de sus mentores europeos— todas las responsabilidades por los males del capitalismo; la idea de que la Argentina debía dominar el territorio del Virreinato del Río de la Plata, sometiendo a su influencia por lo menos a Bolivia, Paraguay y Uruguay, para enfrentar al Brasil en una lucha por la hegemonía en América del Sur; el ataque simultáneo al capitalismo inglés y al norteamericano, que lógicamente los llevaba a preferir una dominación mundial nazi o fascista, en la que imaginaban para nuestro país mayor libertad de movimientos, etcétera.

A los nacionalistas de setiembre y a sus inmediatos continuadores puede aplicarse la feliz síntesis de Jorge Abelardo Ramos: "Poseídos de un fervor ultramontano, los nacionalistas condenaban al liberalismo agonizante en nombre del feudalismo sepultado." Hacia 1930, su función primordial en lo político fue "servir de ruidoso y audaz grupo de choque de una oligarquía que en su conjunto no quería cambiar nada, que sólo venía a restaurar." (Ismael Viñas). Esta será su gran contradicción que, fuera de triunfos parciales y del logro de posiciones permanentes en sectores marginales como la educación y las relaciones exteriores, dará fugacidad a las intervenciones nacionalistas que se sucederán a lo largo de cuatro

décadas cada vez que el precario equilibrio constitucional argentino sufra nuevas quiebras.

Entre 1931 y 1943 los nacionalistas multiplican sus publicaciones periódicas (algunos nombres: *Baluarte*, *Nuevo Orden*, *Crisol*, *La Nueva República*, *Sol y Luna*, *Nueva Política*, *El Fortín*, *Nuestro Tiempo*, *Balcón*, los diarios *El Pampero* y *El Federal*...), sus grupos de choque paramilitares (Legión Cívica Argentina, Legión de Mayo, Guardia Argentina, Legión Colegio Militar, Milicia Cívica Nacionalista, Alianza de la Juventud Nacionalista y su sucesora la Alianza Libertadora Nacionalista, ya muy famosa en los prolegómenos del peronismo), sus contactos con militares y su propaganda en medios universitarios. Sus intelectuales pretenden convertirse en augures (*La revolución que anunciamos* es el título de un famoso libro que el joven Sánchez Sorondo publica en 1945, recopilando escritos anteriores) o ideólogos del peronismo, pero este movimiento llegará a desbordarlos una vez pasado el período clerical-nacionalista del golpe militar del 4 de junio de 1943.

Con el régimen restaurado el 6 de setiembre de 1930 los nacionalistas, luego de su primigenio fervor, mantuvieron cautelosas y conflictivas relaciones. Fuera de ciertos militantes en los partidos tradicionales que miraban con simpatía sus consignas y las adoptaban (la de "Dios, Patria Hogar" fue retomada por Frasco como gobernador de la provincia de Buenos Aires), los nacionalistas prefirieron consagrarse más a golpear



Fig. 6.35. Manifestación de la Alianza de la Juventud Nacionalista, mayo de 1930 (Archivo General de la Nación).

las puertas de los cuarteles que las de los comités. En ello fueron ayudados por la influencia clerical sobre los oficiales que buscaban, para sus ambiciones, rumbos diversos que los brindados por la política oficial de "profesionalización" de las fuerzas armadas. Por cierto que esta preferencia castrense evidenciada por los nacionalistas compensa en cierto grado la desubicación que otros elementos de su plataforma mostraban con respecto a la posible y futura renovación del país. Ellos, y no la izquierda ni los partidos tradicionales del centro, supieron comprender, quizás oscura pero certeramente, que en los militares radicaba la verdadera fuente de poder político en la Argentina contemporánea.

Ciertos escritores aislados, que no llegan a componer una tendencia, pero que importan por la influencia que empiezan a ejercer desde la década del 30 en adelante, tienen relaciones más o menos visibles con los grupos nacionalistas, pero se afilian a un hipotético nacionalismo "democrático" o "popular" (Jorge E. Spilimbergo), la contrapartida del predominante que hemos esbozado más arriba: Raúl Scalabrini Ortiz con sus denuncias contra el imperialismo británico, José Luis Torres y su crítica a la oligarquía, Jorge del Río y su combate sin pausas al monopolio eléctrico, son algunos nombres y actitudes que pueden ejemplificar esta segunda línea de pensamiento. Pero, en último análisis, son más bien las excepciones que la regla impuesta por un nacionalismo aristocratizante, confesional, hispanista, regresivo.

## 6. EL MOVIMIENTO OBRERO Y LA SITUACION SOCIAL

El período que va de 1930 a 1943 marca en el desarrollo del movimiento obrero argentino una etapa todavía no completamente esclarecida, por la presencia permanente —uno al lado del otro— de dos factores por momentos de signo contrario: las tentativas por construir una central obrera única, pero no necesariamente representativa en número o en importancia, donde se mezclan las tácticas "a la europea" de socialistas, comunistas y sindicalistas (el anarquismo de la Federación Obrera Regional Argentina está ya en franca declinación); y la irrupción de crecientes masas de trabajadores nativos que se desplazan de áreas rurales a las urbanas, por lo menos desde mediados de la década del 30, y que provocarán considerable impacto en la estructura social de la Nación.

José Luis Romero ha advertido con precisión este doble proceso: "La perpetuación de la estructura económica agrícola-ganadera —con primacía de la ganadería— mantenía sumamente limitados los horizontes de las masas que crecían en número y se distribuían de diversos modos en un país cuya vitalidad rebasaba aquellos márgenes. En las regiones del norte y el este, las masas estaban a merced de los empresarios que eran al mismo tiempo jefes políticos, especialmente en los ingenios, los obrajes, los verbales y las minas. De aquí derivó un hecho que habría de tener marcada importancia: la aparición de un profundo resentimiento popular



contra los grupos dirigentes, y de un marcado escepticismo político al que correspondía y acompañaba la clara conciencia de ciertas reivindicaciones sociales y económicas que las masas consideraron de estricta justicia. Las masas abandonaron así la militancia en el plano político —que les era ajeno— y se situaron en el de la lucha social. Sólo se necesitaba una ocasión favorable para que se manifestara esta nueva actitud, y esa ocasión llegó después de la revolución militar de 1943.”

A poco del 6 de setiembre de 1930, en un paralelismo que el futuro se encargará de subrayar, se constituye el 27 de dicho mes la Confederación General del Trabajo como producto de la unificación de dos grupos obreros anteriores: la Unión Sindical Argentina, dirigida por sindicalistas y anarquistas contrarios a todo embanderamiento de la organización laboral en una ideología política determinada; y la Confederación Obrera Argentina, de orientación socialista. Los anarquistas de la FORA quedaban marginados del nucleamiento. En el documento inicial, la CGT, que afirma contar con más de doscientos mil afiliados, destacará su carácter de “organización autónoma de la clase obrera, independiente de todo partido político o agrupación ideológica y, por lo tanto, prescindente en las acciones que éstos lleven a cabo”.)

No habrá de extrañar dicha expresión de sindicalismo “puro” si se tiene en cuenta que los grupos obreros habían adoptado con anterioridad al golpe militar del 6 de setiembre, y durante el mismo, una precavida actitud de prescindencia.

Esa misma cautela se pondrá de manifiesto, entre 1930 y 1933, cuando la CGT intervenga en la solución de disputas obrero-patronales, siempre de modo indirecto, formulando resoluciones ambiguas y pedidos al ministro del Interior, o al gobierno en general, y recomendando a la clase trabajadora “estrechar filas” para evitar conflictos, pero sin adoptar en ningún caso una postura clara que la llevase a definiciones inmediatas en los planos político y económico.

Varias causas permiten entender esta renuente actitud de la CGT. Una, la proporciona el origen y el número de sus afiliados. En los primeros años de la década, el movimiento sindical —con excepciones como las organizaciones del transporte: tranviarios, Unión Ferroviaria y La Fraternidad; los obreros municipales y los empleados de comercio— sólo enrolaba en sus filas a una minoría de la clase obrera. Los sindicatos de industria: metalúrgicos, textiles, de la carne, de la alimentación, congregaban a una reducida porción de los trabajadores en esas ramas. Los obreros de la industria del azúcar, por ejemplo, carecían de organización, y en cuanto

a los sindicatos rurales (de oficios varios), apenas comprendían a muy pequeñas minorías. Con todo, hacia 1935, el proletariado industrial alcanzaba a 534.000 obreros, mientras que el agrícola llegaba a 800.000.

A la falta de auténtica representatividad de la central sindical, puede añadirse el fraccionamiento en tendencias contrapuestas y, a veces, irreconciliables, que tenían su campo favorito de acción en los niveles dirigentes de la CGT, a la cual permanecía ajena la gran mayoría de los trabajadores.

Cuando se disuelve el Comité Sindical pro Unidad Clasista, y los militantes comunistas que lo inspiraban ingresan también en la CGT, el panorama queda completado: la CGT se hará eco de los conflictos de los partidos Socialista y Comunista, que transfieren a ella sus discusiones por la supremacía entre las fuerzas de la izquierda. El problema se agravaba por la permanencia indefinida de los dirigentes sindicales en sus puestos de comando. Estos, muchas veces, ni siquiera habían sido elegidos democráticamente para esos cargos, pues se aferraban con tesón a situaciones provisionales preexistentes.

Sólo en 1936 es convocado el Congreso Constituyente de la CGT, que repudia la conducta de los dirigentes anteriores y sanciona el Estatuto del organismo. Las nuevas autoridades serán elegidas en 1937, con José Domenech (ferroviario) como secretario general. Un militante obrero comunista ha advertido la situación del mundo del trabajo en esa época, sin

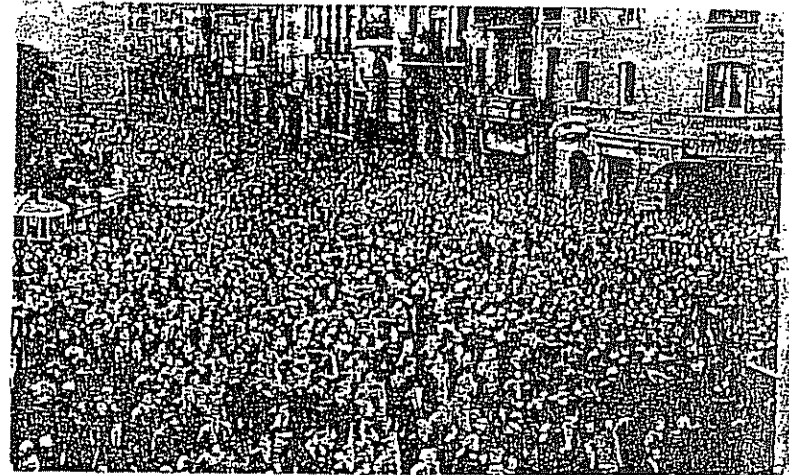


Fig. 6.36. Entierro de Yrigoyen (Archivo General de la Nación)



comprender todas las consecuencias: "Para la fecha de la realización de este congreso constituyente de la CCT, el movimiento sindical contaba con importantes sectores organizados aun cuando todavía la inmensa masa trabajadora de la ciudad y el campo continuaba sin organizar."

Cuando se transmite el mando presidencial en 1938, la CCT reorganizada manifiesta en una declaración: "No abrigamos temores por la carencia de comprensión del espíritu de justicia social en el presidente electo" (Ortiz), mientras que por rara vez se criticaba —después de terminado su período— la política laboral de Justo. La Confederación continúa, con escasas variaciones, su procedimiento de dirigir circulares al gobierno y a los sindicatos.

El primer Congreso de la CCT (1939) discutió en especial la situación de los obreros de los frigoríficos, de la construcción, textiles, yerbateros y de los ingenios azucareros, sometidos a inhumana explotación, y reiteró sus demandas por beneficios sociales que se consideraban indispensables, los mismos que la bancada socialista en el Parlamento dejaba documentados en proyectos que dormían en comisiones o se aprobaban con retaceos que los invalidaban.

Dos ejemplos bastarán para indicar el tipo de explotación que sufrían los trabajadores de ciertas ramas de la producción a quienes no amparaba la esquemática e incompleta legislación laboral de la época, que sólo tenía en cuenta algunas pocas actividades como las de los ferroviarios, empleados de comercio, etcétera.

El diputado socialista Guillermo Korn, refiriéndose a las condiciones de trabajo en los frigoríficos, manifestaba en la Cámara: "Todas las leyes que protegen a los obreros, sin excluir las referentes a la maternidad y a la infancia, son mañosamente eludidas por las empresas de los frigoríficos. La organización gremial es perseguida. Los accidentes del trabajo se disimulan. Profesionales a sueldo de las empresas suelen complicarse en certificaciones habilidosas destinadas a burlar el derecho de indemnización de los afectados, cuya ignorancia de las leyes los lleva a ser con frecuencia víctimas de vividores poco escrupulosos dispuestos a transigir con las empresas a espaldas del cliente."

Y Juan Antonio Solari, del mismo partido, al referirse a la industria azucarera, una de las más rezagadas en cuanto a la protección del obrero, acusaba: "Hemos visto en nuestros viajes de estudio, en la estación Chumbichia, de Catamarca— a esos trabajadores viajando en vagones destinados a cargas y transporte de ganado. Recuerdo todavía, y este recuerdo

permanece indeleble en mi espíritu, el paso de un tren negrero que venía de Salta, cargado, en un hacinamiento inmundo, con niños, mujeres y hombres, muchos de ellos ebrios, al mando del contratista, de un negrero, como se llama a los conchabadores siniestros del norte argentino; y nuestra conciencia de diputados argentinos se ha rebelado ante tanta injusticia."

En julio de 1940—en plena guerra europea— la CCT vuelve a reclamar al gobierno por la desocupación obrera y el alza en el costo de la vida.

Desde 1941 a 1943, los comunistas bregarán por el fortalecimiento de la central obrera "de un millón de afiliados", y se volcarán a la obtención de la unidad sindical para "acelerar el proceso de consolidación democrática y antifascista e impedir que nuestro país fuera arrastrado a la guerra al lado de las potencias del Eje Roma-Berlín-Tokio" (Rubens Iscaro). Los militantes de tradición sindicalista, pese a compartir de modo genérico esas aspiraciones, estarán más inclinados en el campo gremial a ser complicientes con la política del ya presidente Castillo, y los socialistas con-

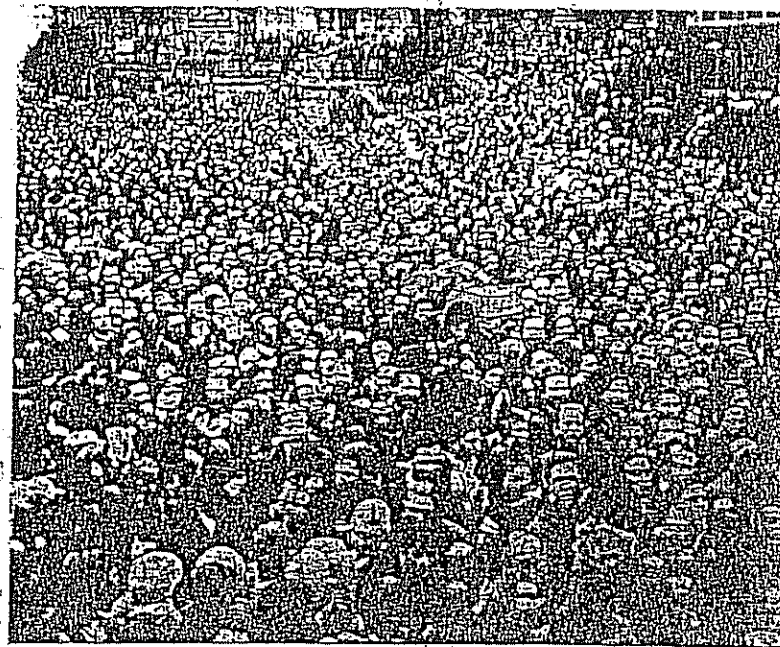


Fig. 6 37. Comitiva fúnebre a la salida del Congreso. Sepelio de Yrigoyen, julio de 1933 (Archivo General de la Nación).

CCT  
↓  
Socialistas  
Comunistas  
Sindicalistas

tinuarán disputando a los comunistas la dirección de la CCT. Cuando el Comité Central Confederal se reúne después de dos años de inactividad, el 13 de octubre de 1942, su resolución principal solicita al primer mandatario "la ruptura de las relaciones con Alemania, Italia y Japón y con todos aquellos países que de un modo u otro contribuyen al mantenimiento de tales sistemas de gobierno".

El Segundo Congreso de la CCT (diciembre de 1942) reitera ante los poderes públicos su preocupación por el agio y la carestía de la vida, solicita aumento de jornales y el establecimiento del salario mínimo, pero otra vez la respuesta es negativa.

A principios de 1943 la situación de los gremios adheridos a la central obrera era aproximadamente la siguiente: los comunistas controlaban los sindicatos de la construcción, madera, carne, metalúrgicos, gráficos; los socialistas: los de empleados de comercio, obreros municipales, trabajadores del Estado, La Fraternidad; los sindicalistas: la Unión Ferroviaria, la Unión Tranviarios, y los cerveceros.

Cuando se trata de elegir el nuevo Comité Central Confederal, se presentan a votación dos listas denominadas n° 1 (encabezada por el anterior titular Domenech) y n° 2 (por el dirigente gremial y en ocasiones diputado socialista Francisco Pérez Leirós). Las irregularidades en la emisión de sufragios — paralelas del fraude político a que estaba acostumbrado el país — son una de las causas que provocan la escisión de la central en dos CCT: la n° 1 (ferroviarios, tranviarios y cerveceros serán su base) y la n° 2 (construcción, fraternales, gráficos, comercio, alimentación, metalúrgicos, del Estado y de la madera); a cargo de Domenech y Pérez Leirós, respectivamente. En estas condiciones el movimiento obrero argentino llega al 4 de junio de 1943.

El Producto Bruto Interno había crecido a una tasa del 1,2 % anual, entre 1930 y 1943. La ocupación en actividades industriales había aumentado desde 1935 a 1943 el doble de lo que creció desde 1914 a 1935. Pese a las desfavorables condiciones del trabajo en las ciudades, su nivel de remuneración es todavía superior al de las zonas rurales. Según estadísticas oficiales del Departamento Nacional del Trabajo, el costo de la vida (1933 = 100) había subido a 113,8 en 1940, a 125,5 en 1941 y a 126,3 en 1943. En mayo de 1940, por ejemplo, el mismo Departamento calculaba que una familia "tipo" obrera (marido, mujer, con tres hijos menores de catorce años) necesitaba para vivir 15231 pesos, pero sólo ganaba en verdad cerca de 120. La población argentina, por su parte, había pasado de 11.896.382 habitantes (1930) a 14.877.385 (1943), y

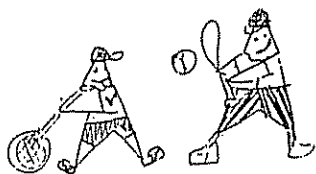
el aporte inmigratorio —sobre todo de Europa— había descendido del 6,3 % al 0,5 % entre ambas fechas.

En abril de 1943, el Departamento Nacional del Trabajo elevó un informe al Ministerio del Interior, de quien dependía, que señala su alarma frente al estado de cosas imperante, y en el que manifiesta que pese al ascenso de la industria, "la situación del trabajador argentino se ha deteriorado", y mientras las empresas cosechan importantes beneficios, "aumenta constantemente la brecha entre los salarios y el costo de la vida".

Fuera de los comunicados y las gestiones administrativas de la CCT, de las "trenzas" que eternizaban dirigentes, de las rivalidades políticas que a veces alcanzaban agrios contornos, el periodo ofrece muchos jalones que demuestran la combatividad de ciertos sectores (huelgas de tranviarios, telefónicos y agricultores en 1932, madereros en 1934, obreros de la construcción en 1936, colectiveros en 1942), pese a que la cifra de trabajadores industriales efectivamente agremiados a comienzos de la década del 40, según juiciosas estimaciones de Félix J. Weil, no pasa de los 200.000 (cerca del 29 % del total empleado en esa rama de la producción). Estos obreros correspondían, como lo destaca Alberto Belloni, al "viejo y minoritario sector proveniente de la inmigración europea cuya base de operaciones había sido siempre Buenos Aires", constantemente "encerrados en el reformismo clásico y dirigidos por una vieja burocracia".

Pero, además, germinaba en la Argentina otro tipo de trabajadores — los desencantados por la política gremial de los dirigentes de la CCT y los partidos de izquierda, y el caudal migratorio que henchía las ciudades y las fábricas —, con aspiraciones más concretas, menos doctrinarias, menos internacionalistas, que proveerían a Perón de su sustento más sólido pocos años después.

1943  
↓  
CCT  
↓  
se divide  
↓  
Domenech    Pérez Leirós  
↓  
irregularidades  
en la votación  
para el  
nuevo Comité  
Central Confederal



3

## 7. EL AGOTAMIENTO DE LA RESTAURACION

### 1. ¿La democratización de Ortiz?

Cuando Roberto M. Ortiz se hace cargo de la presidencia de la Nación llevando como compañero de fórmula a Ramón S. Castillo, en 1938, la época marcaba ya el comienzo del fin para la República española en su lucha contra el fascismo de los generales sublevados, apoyados por la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini y, además, por la indiferencia cómplice de la no intervención de las democracias europeas. La referencia, creemos, no es totalmente gratuita porque a partir de la guerra civil española la política interna de muchos países comenzará a hacerse también política internacional, ya que la ubicación doméstica con respecto a un problema o serie de problemas, se efectuará teniendo presente el campo más extenso de la escena extranjera. Cuando se inicia la Segunda Guerra Mundial, las preferencias "franquistas" o "republicanas" se transformarán en "germanófilas" o "aliadófilas", y la dicotomía llegará a sobrevivir inclusive al fin de las hostilidades en 1945.

Esta oposición marca buena parte de los acontecimientos políticos argentinos entre 1938 y 1943, y permite explicar parcialmente el del 4 de junio de 1943. Ortiz y Castillo fueron elegidos el 5 de setiembre de 1937 en comicios falseados. Pinedo, al analizar los procedimientos empleados en

202

ellos, manifestaba que éstos "hacen imposible catalogar esas elecciones entre las mejores ni entre las buenas ni entre las regulares que ha habido en el país". Los radicales habían presentado, otra vez, al sempiterno candidato de derrotas en la década, Alvear, que seguía soñando con volver al poder mediante la aquiescencia de la Concordancia. Estos comicios constituyeron el perfeccionamiento del fraude electoral en favor del oficialismo, y en buena parte contribuyeron a reforzar la apatía de vastos sectores ciudadanos en la Argentina frente al camino de las urnas.

Ortiz se aprontó a seguir la política económica y social de su predecesor: venía bien preparado para el cargo, luego de haber sido durante muchos años abogado y representante de intereses ingleses en la Argentina.

El Congreso adquiere durante su mandato, y el de su sucesor Castillo, el inconfundible tono de los cuerpos colegiados en decadencia. Conservadores y radicales, por ejemplo, se unían para apoyar dictámenes como el relativo a los resultados de la investigación sobre las concesiones eléctricas en la Capital Federal, que avaló parlamentariamente el peculado y la corrupción del Concejo Deliberante.



Fig. 6.38: Roberto M. Ortiz, el vicepresidente Ramón S. Castillo, después de haber prestado el juramento constitucional de práctica, 20 de febrero de 1938 (Archivo General de la Nación).

203

11

hacia

Lisandro de la Torre se quita la vida el 5 de enero de 1939, luego de conmovedora, aislada e inútil lucha contra la corrupción y el autoritarismo creciente del régimen.

El presidente Ortiz, casi desde los comienzos de su gestión, va a sufrir los efectos de una grave enfermedad que provocará, sucesivamente, su alejamiento con delegación de funciones en Castillo, su renuncia y su fallecimiento.

Dos acontecimientos políticos marcarán los breves años de Ortiz: la intervención federal a la provincia de Catamarca —tierra natal del vicepresidente—, que provoca resquemores entre los miembros de la coalición gubernativa (conservadores y antipersonalistas); y la intervención a la provincia de Buenos Aires, con motivo de los comicios fraudulentos del 25 de febrero de 1940, convocados por el gobernador saliente Fresco. El candidato de éste, que logró imponerse en las instancias partidarias del conservadurismo bonaerense sobre Antonio Santamarina, era Alberto Barceló, "patrón" de Avellaneda que buscaba ampliar ahora su radio de acción. La intervención de Ortiz frustra sus aspiraciones, pero a poco el mismo Barceló llega a ocupar una banca en el Senado de la Nación, en representación de la provincia. Bordabehere había sido asesinado en el recinto hacía poco tiempo, y ahora los jefes de pistoleros ocupaban las bancas.

La opinión corriente más generalizada sobre la labor de Ortiz en su período presidencial, antes de que su enfermedad lo postrara e incapacitara hasta la ceguera, lo señala como propenso a una democratización del régimen, e indica como prueba de la tesis su actuación en las dos ocasiones anteriores.

Pensamos que se requieren, con todo, ciertos calificativos. En primer lugar, parece verosímil afirmar que Ortiz, con ese pretexto y con las medidas de limpieza electoral que efectivamente tomó, trataba de ganar una base de sustentación política para enfrentar en un futuro próximo a sus hasta entonces aliados, los conservadores. Y, además, si tal intención democrática existía, la enfermedad posterior de Ortiz vino a dejarnos sin las pruebas decisivas que sólo el tiempo habría podido proporcionar. Resulta comprensible, a nuestro juicio, el eco encontrado por la "democratización" sin embargo tan limitada de Ortiz, en una opinión pública fatigada de la corrupción política —amen de electoral— de esos años. Weil ha apuntado sagazmente la cruda paradoja: "La realización de la democracia que aparentemente estaba al alcance del pueblo, dependía no de una expresión de su voluntad o de sus esfuerzos, sino de

un mero accidente como era el porcentaje de azúcar en el cuerpo de un presidente afectado por la diabetes."

De ahí que durante el mandato de Ortiz sectores del radicalismo alvearista elevaran esos saludables síntomas de limpieza política a la categoría de renovación democrática, pues esperaban, a la larga, que el primer magistrado recurriese para llevar adelante sus planes a la UCR como nueva variante oficialista que esta vez dejaría aislados a los conservadores.

Martín Aberg Cobo, representativo de esta ideología, criticó tiempo después la administración de Ortiz diciendo que "constituyó un verdadero plano inclinado hacia el radicalismo, al que protegía visiblemente, al extremo de haber intervenido, entre otras, a la provincia de Catamarca —sede política de su propio compañero de fórmula, injustamente agraviado por tal medida— y de Buenos Aires, considerada como el principal baluarte del conservadurismo". El silencio del autor sobre la justificación de las medidas parece muy sugestivo, pues el problema institucional queda reducido a una puja interpartidaria y aun personal.

Pero si el argumento se extrema, fácil es ver que la disidencia esencial del presidente Ortiz con respecto a sus compañeros de la Concordancia radicaba en el reemplazo del sistema del fraude, el voto cantado y hasta el "voto patriótico", por otro en que la voluntad popular tuviera mayor preponderancia. En los demás temas de gobierno, la unanimidad vincu-

llega con  
relaciones  
abiertas  
↓  
Ortiz  
supuesto  
intento  
de democratización  
x 2  
intervenciones  
a Catamarca  
y Bs. As.

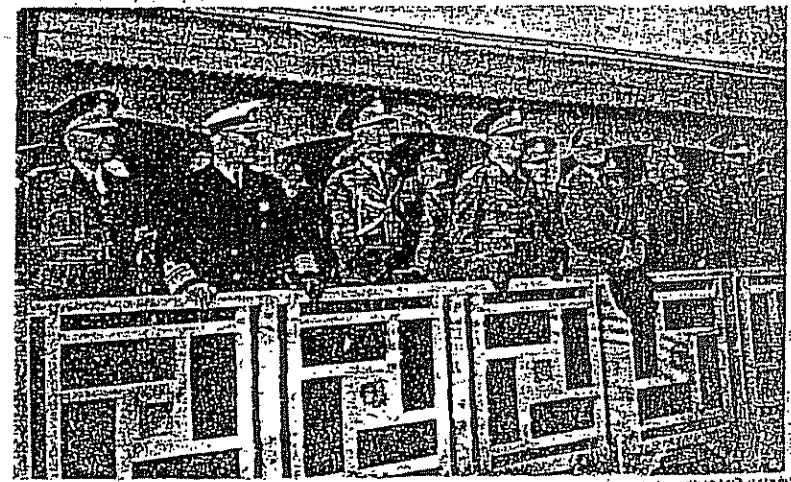


Fig. 6.39. El presidente Ortiz habla en una ceremonia efectuada en el Liceo Militar General San Martín, diciembre de 1939 (Archivo General de la Nación).

laba u antipersonalistas y conservadores, y en cierto modo era compartida también por el radicalismo de Alvear, que tenía gran fuerza en el Congreso: economía, finanzas, comercio exterior, que por lo menos son tan importantes como la limpieza electoral.

El sistema seguía soportando crisis. El negociado de las tierras de El Palomar en 1940, sustraerá largas horas de trabajo al Congreso, fuera de afectar al Poder Ejecutivo al punto de que Ortiz envía su renuncia al Parlamento, que le es rechazada con un solo voto en contra, el del senador Matías G. Sánchez Sorondo. El asunto de los "niños cantores" de la lotería nacional es buen ejemplo accesorio de un clima cotidiano donde el peculado era normal y la "viveza criolla" ofrecía nuevas variantes desde las posiciones más encumbradas. El régimen que había venido a sanear la administración y combatir la senilidad de Yrigoyen, alcanzaba niveles excesivos de corrupción y desgobierno. El ejército presenciaba estos desarrollos, y el pueblo reforzaba su escepticismo ante los partidos tradicionales, tanto oficialistas como de oposición.

El Congreso continuaba discutiendo sobre el fraude, sobre las actividades antiargentinas (para lo cual se crea una comisión investigadora integrada entre otros por el socialista Juan Antonio Solari y el radical Raúl Damonte Taborda), sobre la validez de los diplomas de algunos de sus integrantes. En 1940 los radicales alvearistas alcanzan a tener ochenta diputados en la Cámara Baja, pero de poco les servirá su número frente a la opinión pública que empieza a comprender la inutilidad de la labor de la UCR, y preferirá en la Capital Federal entregar sus sufragios a los socialistas, vencedores en los comicios para diputados de 1942.

Con todo, el gran tema de debate seguiría siendo (en el Congreso, en la prensa, en la calle) la enfermedad de Ortiz y los problemas que entrañaba su sucesión. La presencia de Castillo anunciaba un inminente retorno conservador al dominio de la maquinaria gubernativa, y los radicales tenían una idea bastante clara de lo que ello significaría para su futuro. Cuando el vicepresidente se hace cargo del Poder Ejecutivo y designa nuevo gabinete (setiembre de 1940), los acontecimientos parecen precipitarse, y se rumorean golpes de Estado con participación de militares y afiliados radicales "tendientes a reponer a Ortiz en la presidencia". De acuerdo con algunas fuentes, los escrúpulos legalistas de Alvear lo hicieron desistir de esta perspectiva, y el proyecto quedó en la nada.

El radicalismo, y Alvear con él, había perdido la oportunidad histórica de nuclear a su alrededor a las fuerzas opositoras al gobierno, y la Se-

gunda Guerra Mundial vería a Alvear encabezando los grupos políticos aliadófilos. Estos pensaban beneficiarse —en lo interno— con el apoyo que ofrecían a las democracias occidentales en su lucha contra el Eje, que aseguraba que desde el gobierno podrían garantizar mejor la colaboración argentina en el conflicto bélico. El régimen fraudulento de la Concordancia, sería entonces cosa del pasado.

## 2. Castillo y sus problemas: autoritarismo, nacionalismo y neutralismo

La renuncia del gabinete que acompañaba al presidente Ortiz lleva a Castillo a una reorganización completa de su equipo de colaboradores. Por lo menos dos de sus ministros, el ex vicepresidente Julio A. Roca en Relaciones Exteriores y Federico Pinedo en Hacienda, testimonian vinculaciones con el capital inglés. El propio Pinedo recuerda que cierto sector de la prensa nacionalista acuñó la expresión "gabinete británico", lo cual a su juicio resultaba una manera grosera de considerar los problemas. La posición general de los ministros era proaliada, pero sus propósitos no pudieron cumplirse a fondo: el fracaso del "Plan de Reactivación Económica" elaborado por Pinedo precipitó su renuncia; y las fallidas entrevistas del titular de Hacienda con Alvear en el descanso marplatense de este último (enero de 1941), no tuvieron mejor éxito: se trataba de solicitar a los radicales el apoyo a las ideas económicas de Pinedo a cambio de una promesa de restablecimiento del sufragio libre. Los conservadores, en definitiva, malograron esa posibilidad.

Carlos A. Acevedo reemplaza a Pinedo, Enrique Ruiz Guiñazú a Roca, y el gobierno de Castillo, al decir de Félix Luna, se orienta cada vez más a "mantener la neutralidad y no entregar el poder a los radicales".

La segunda parte del programa no escrito de Castillo y sus partidarios comienza a ponerse en práctica en las elecciones de la provincia de Buenos Aires, el 7 de diciembre de 1941. El distrito, que había sido intervenido por Ortiz, consagra en discutibles comicios al conservador Rodolfo Moreno.

Pocas semanas antes, Castillo había clausurado el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires. Los partidos de oposición se pronunciaron contra la medida en repetidas proclamaciones de fe democrática. Un nacionalista, Marcelo Sánchez Sorondo, la calificó de "plausible decreto higiénico". Acaso estén presentes en su frase los recuerdos de las ordenanzas cadistas y las exacciones a los colectiveros que tanto desprestigio aportaron al cuerpo.

Castillo se  
no es corpa  
del ejecutivo  
1940

nuevo gabinete  
- ministros c  
1941

- estado de  
s. n. o.  
→ se acerca a  
nacionalistas

↓  
1942 muere  
- Alvear

- se acepta  
renuncia de  
Ortiz

- muere Ortiz

↓  
Justo se perfila  
a poder  
→ impulso al radicalismo  
→ buena reputación  
en EEUU

pero muere en  
1943

↓  
consejos en  
unión con sus  
partidos (Perón,  
Democrática Abolicional)  
candidatos

imponer una g  
re ultramontano  
autoridad

↓  
golpe militar → 4 de Junio 1943

Castillo gobierna bajo el estado de sitio decretado el 16 de diciembre de 1941, que le servirá —entre otras cosas— para impedir que los partidos tradicionales efectúen propaganda proaliada, tarea a la que dedican sus esfuerzos preferentes en estos años. También da impulso a la flota mercante nacional, en respuesta a la escasez de bodegas extranjeras para transportar nuestros productos agricolganaderos a sus mercados de ultramar. Cuando vence la concesión originaria del Puerto de Rosario, la Nación ocupará sus instalaciones. Medidas como éstas darán a Castillo el apoyo de sectores nacionalistas, que ven en el conservador catamarqueño a un político cercano, por lo menos en los hechos, a sus propios puntos de vista.

En marzo de 1942 muere Alvear, jefe del partido radical, sin haber vuelto a alcanzar el poder. El 27 de junio de 1942 las Cámaras reunidas en sesión de asamblea aceptan por unanimidad la renuncia de Ortiz, que morirá en julio de ese año. Quedaba en el escenario, luego de estos sucesos, otra figura político-militar que ambicionaba un retorno triunfal: el general Justo.

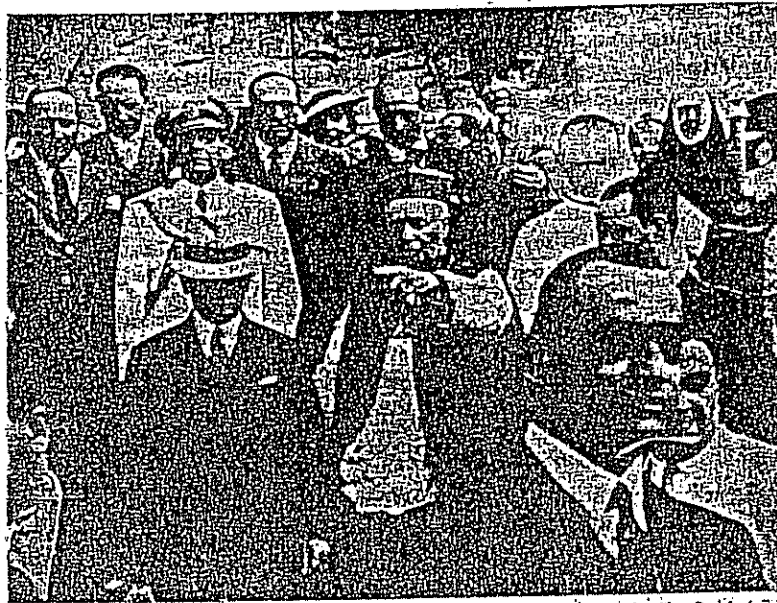


Fig. 6.40. Ramón S. Castillo, vicepresidente en ejercicio del ejecutivo, visita "Santa Teresita", obra de El Hogar de la Empleada. Lo recibe monseñor de Andrea. (Archivo General de la Nación).

Sus personeros castrenses habían convencido a colegas aliadófilos de que la única solución viable para contrarrestar las tendencias pronazis y profascistas en las fuerzas armadas, era insistir en la promoción de una nueva candidatura presidencial del ex mandatario. Justo había formulado declaraciones favorables a los aliados, había ofrecido su espada para pelear al lado de éstos en el conflicto bélico, y gozaba de buena reputación en círculos oficiales y económicos de Estados Unidos, nación hacia la cual después de abandonar el poder en 1938 había efectuado un oportuno viraje; en presumible reemplazo de la asediada Inglaterra. Sectores del propio radicalismo habían empezado a propiciar su candidatura, luego de fallecido Alvear y a falta de mejor nombre, pero un derrame cerebral frustró definitivamente esos propósitos, pues Justo murió el 11 de enero de 1943.

Los conservadores, de nuevo, parecen quedar dueños del terreno, y sobre ellos se vuelven los ojos cansados del país. Pero entre el Partido Demócrata Nacional y el presidente Castillo se va a dar una puja visible por la designación del candidato. Castillo, a lo largo de su período, había cortejado con asiduidad a las fuerzas armadas, que no dejaban de simpatizar con su política neutralista, su firme actitud ante los Estados Unidos y su manifiesta protección a los nazis en la Argentina, que trabajaban con abierta impunidad pese a las denuncias en el Congreso y en la prensa proaliada.

Castillo intentó imponer primero un sucesor neutralista, como podía serlo su ministro Guillermo Rothe, y dió luego su apoyo al político salteño Robustiano Patrón Costas que, aunque partidario del abandono de la neutralidad, contaba con su confianza personal. Pensando quizá que el apoyo del ejército le permitía mayor independencia frente a su partido, el presidente impuso esa candidatura que —pese a las amplias resistencias que encontró en sectores conservadores bonaerenses, cordobeses y cuyanos— iba a ser votada, por segura mayoría, en la convención partidaria el 4 de junio de 1943. Frente a ello, los militares deciden su intervención directa, derrocan a Castillo y desvanecen las perspectivas conservadoras.

El ejército, en su mayoría neutralista y en buena parte simpatizante del Eje (no sólo por razones ideológicas sino como reacción frente al capitalismo inglés y también al norteamericano, lo cual no siempre se recuerda), no podía aceptar a Patrón Costas, magnate azucarero del norte, argentino y evidentemente vinculado con intereses norteamericanos, y éste fue uno de los motivos determinantes —aunque no el único— del movimiento militar.



El primer presidente provisional, general Arturo Rawson (apenas dura tres días), que era bien conocido por sus simpatías proaliadas, resulta desplazado mediante un sordo "golpe dentro del golpe" por los hombres nucleados en torno de la logia castrense del COU —Grupo de Oficiales Unidos, o también Grupo Obra de Unificación—, verdadero motor de la sublevación triunfante, quienes ubican en la presidencia al general Pedro Pablo Ramírez, último ministro de Guerra de Castillo.

Para añadir otro elemento a la complejidad de esos días, baste decir que ciertos grupos radicales imaginaron que la "revolución del 4 de junio" había sido hecha para devolverles el predominio, y de ahí deriva el apoyo que importantes figuras partidarias prestan al régimen militar en sus primeros meses de vida.

### 3. La Segunda Guerra Mundial, la política de neutralidad y sus repercusiones internas

Pensamos, con Sergio Bagú, que "la conducta internacional de un Estado forma parte de la historia nacional del país respectivo". En el caso de la Argentina la verdad del aserto es, si cabe, más rotunda que en otros, ya que las relaciones internacionales de un país como el nuestro permiten captar con claridad la pugna interimperialista —a la que ya aludimos en el plano económico y comercial—, y las presiones y manipulaciones que soportan los gobiernos sometidos a dichos intereses.

Durante el régimen de Justo, y sobre todo por medio de su canciller Carlos Saavedra Lamas, salvo episódicas colaboraciones con los Estados Unidos en conferencias interamericanas como la de Montevideo en 1933 (que refieren con lujo de detalles las Memorias del secretario de Estado norteamericano Cordell Hull), la tradicional posición argentina tendía a mirar a Europa, y dentro de ésta a Gran Bretaña, más bien que al "Coloso del Norte" o al resto de América latina. Así las reticencias argentinas al panamericanismo se oponen a las actitudes de las demás naciones del continente, y suelen manifestarse en retóricas actitudes antinorteamericanas y complementarse con una pugna, sorda pero evidente, por la hegemonía en América del Sur frente al rival histórico, Brasil.

La posibilidad de un conflicto fático mundial reforzará los deseos locales de no antagonizar a ninguna potencia europea, y de mantener siempre abiertos, en lo posible, los mercados exteriores para la colocación de granos y carnes, en la forma ya descrita.

La "Conferencia Interamericana para la consolidación y el mantenimiento de la paz", reunida en Buenos Aires en 1936, a la cual asiste el presidente Franklin D. Roosevelt, es nuevo signo de la importancia que los Estados Unidos comienzan a acordar a nuestro país, y del deseo de prestigiarlo como sede de la asamblea panamericana. Pero ahora las relaciones entre Hull y Saavedra Lamas son mucho más frías y protocolares que en 1933, ya que el ministro argentino —son palabras de su colega estadounidense— "había dejado atrás la cooperación amistosa que me había demostrado en Montevideo, y esto a pesar del hecho que, el día antes de mi llegada a Buenos Aires, había sido distinguido con el Premio Nobel de la Paz, para el cual lo había recomendado en forma oficiosa y había manejado virtualmente el movimiento a su favor". La Argentina seguía mirando sobre todo a Inglaterra.

Las restantes reuniones interamericanas entre 1936 y 1941 no ofrecen demasiado interés. Todas ellas (Conferencia Panamericana en Lima, 1938; Primera y Segunda Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores en Panamá, 1939, y La Habana, 1940, respectivamente) se realizan mientras las Américas son neutrales, y se advierte por parte del Departamento de Estado la preocupación de que la Argentina no se aisle del conjunto panamericano, y coincida con las posturas generales de los Estados Unidos. Hull no vacilará en telefonar por dos veces (desde Lima y La Habana) al presidente Ortiz, pasando por encima de los jefes argentinos de delegación, para que nuestro mandatario cambie sus instrucciones en sentido favorable a la cooperación con los Estados Unidos.

El panorama variaría, empero, a partir del 7 de diciembre de 1941: "El ataque a Pearl Harbor puso fin para el Hemisferio Occidental a la neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial. La posibilidad de que la comunidad latinoamericana mantuviese la neutralidad, cuando los Estados Unidos eran beligerantes, nunca existió realmente. Mientras los gobiernos de Cuba, Panamá, República Dominicana, Haití, Nicaragua, Guatemala, Honduras, El Salvador y Costa Rica declararon la guerra al Eje, pocos días después de que los Estados Unidos entraron en el conflicto, México, Colombia y Venezuela rompieron sus relaciones diplomáticas con las potencias tripartitas, y a principios de enero de 1942, Brasil y varias repúblicas sudamericanas más estaban aparentemente decididas a unirse en la ruptura de relaciones" (O. Edmund Smith, b.).

El gobierno argentino, ya en manos de Castillo, empezaba a afrontar su difícil camino en las relaciones internacionales. La presión de Estados



Unidos para que la Argentina rompiera relaciones con los países del Eje aumenta hasta culminar en los días sombríos de 1944.

El canciller Enrique Ruiz Guiñazú, a quien se sindicaba como simpatizante del nazi-fascismo, y sobre todo del franquismo español, será la cabeza visible de la política neutralista del anciano mandatario, y encontrará apoyos en sectores claves del ejército y en reducidos grupos civiles nacionalistas. La gran mayoría de los partidos tradicionales y de izquierda (salvo segmentos minoritarios como la gente de FORJA, por otra parte ya bastante desvinculada del radicalismo) se volcará en favor de los aliados. Algunos sectores industriales —que mezclaban confusamente simpatías hacia Gran Bretaña o puntos de coincidencia con el Tercer Reich— verán en la implementación de esa política un posible afianzamiento de sus intereses. El ejército, a partir de 1943, será el instrumento mediante el cual se podrá mantener dicho estado de cosas.

La Tercera Reunión de Consulta de Cancilleres (Río de Janeiro, 15-28 de enero de 1942), provoca el enojo de Hull hacia su subordinado Sumner Welles, que había quedado al frente de la delegación norteamericana y con cuyo asentimiento se firma la "Declaración" que recomienda a las naciones latinoamericanas que aun no lo han hecho la ruptura de relaciones con Alemania, Japón e Italia. Sucedió que el ministro Ruiz Guiñazú logró introducir en el texto del documento su propio carácter de "recomendación", que le quitaba todo cariz obligatorio para aquellos países que decidieran no hacer caso de consejos. Chile (hasta el 20 de enero de 1943) y la Argentina (hasta el 26 de enero de 1944) continúan sus relaciones diplomáticas con el Eje, y favorecen objetivamente de este modo la propaganda e infiltración nazis en América del Sur.

Poco antes de la Reunión de Río, el 14 de octubre de 1941, se había firmado entre Estados Unidos y nuestro país el primer acuerdo comercial en noventa años. No sería casual dicho estrechamiento de vínculos económicos que la posguerra intensificaría, siempre a expensas de Inglaterra. En diciembre de 1941 viaja a Estados Unidos una misión militar argentina en busca de material bélico, pero el Departamento de Estado tratará de vincular este problema con el cuadro general de la Segunda Guerra Mundial, lo cual implicaba que la Argentina debía ocupar un puesto activo en ella al lado de los aliados.

El gobierno estadounidense, mediante enérgica nota del 13 de mayo de 1942, se queja al de Buenos Aires por la falta de cooperación efectiva de sus autoridades con la causa de las democracias. El 28 de setiembre de 1942 nuestra Cámara de Diputados aprueba una resolución recó-

mendando la ruptura de relaciones con el Eje, y el presidente Castillo informa a las autoridades parlamentarias que la conducción de las relaciones exteriores está reservada al Ejecutivo.

El régimen de Castillo trató de evitar que el problema de la neutralidad se convirtiera en tema capaz de dividir a la opinión pública argentina. Se declaró el estado de sitio, se limitó la libertad de discusión de la política internacional o interna del gobierno en la prensa, se restringieron las actividades de organizaciones proaliadas como *Acción Argentina* y la *Junta de la Victoria*.

El fondo del problema residía en que las relaciones diplomáticas (y comerciales) entre la Argentina, Gran Bretaña y los Estados Unidos no siempre avanzaban en una misma línea. Un esquema realista de ellas indica lo siguiente: Estados Unidos, después de la agresión japonesa, necesitaba que toda América latina formase a su zaga un bloque compacto opuesto al Eje (rupturas de relaciones, declaraciones de guerra, provisión de materiales estratégicos). Y en cuanto a los asuntos económicos, la idea básica parecía ser que, una vez terminado el conflicto, las Repúblicas al sur del Río Grande se dispusieran a sufrir —o seguir sufriendo— las crecientes presiones imperialistas yanquis, en detrimento (especialmente en la Argentina) de las que había ejercido Inglaterra hasta la iniciación de las hostilidades.

Esto, por su parte, prefería (también en el caso concreto de la Argentina, que se transformó para los Estados Unidos en el más serio "problema" interamericano en los años 40) seguir recibiendo productos que, como la carne y los cereales, eran esenciales para el mantenimiento de sus ejércitos, antes que arriesgar una ruptura con nuestro país que hiciera disminuir o cesar estos envíos. Alemania, a su vez, al mantener relaciones diplomáticas con la Argentina hasta 1944, e inclusive con posterioridad a esa fecha (hasta que nuestro país le declara la guerra el 27 de marzo de 1945), también se beneficiaba por la posibilidad de continuar efectuando intensa propaganda entre nosotros, favorecida por la tolerancia, cuando no el apoyo, de las autoridades argentinas: Castillo primero, y después del 4 de junio de 1943 Ramírez y Edelmiro J. Farrell.

De ahí que, en cierto modo, los intereses británicos y alemanes en lucha mortal sobre el campo de batalla, no se contrapusieran en lo referente a la neutralidad argentina, pues esta actitud parecía favorecer a la vez a ambos, habiendo sido definida por Bagú como característica "de un régimen híbrido, que espera nerviosamente la definición de la lucha entre los poderosos para plegarse al ganador en hora más segura".

Cordell Hull, en sus *Memorias*, se queja con amargura de la reticencia del gobierno inglés para acompañar las presiones norteamericanas; de que importantes firmas financieras y comerciales de la colonia británica en Buenos Aires manifestaran "consecuente y públicamente que este país no debía romper relaciones con el Eje, y que los intereses británicos favorecían la posición argentina de neutralidad"; y de que "los lazos económicos de Gran Bretaña con la Argentina fuesen apreciablemente más fuertes que los nuestros", pues "luego de la conquista alemana de la mayoría de Europa occidental, la dependencia británica frente a la Argentina (alimentos y otros artículos) se volvió más aguda".

La obvia consecuencia que Hull nunca examina con el mismo detalle que las actitudes pronazis del "mal vecino" (como llama a la Argentina en esos tiempos), está elocuentemente planteada por Sir David Kelly, embajador inglés en Buenos Aires entre 1942 y 1946: "Aunque los norteamericanos se sentían muy ofendidos por la negativa del gobierno argentino a adoptar la misma posición de los demás gobiernos sudamericanos, rompiendo por lo menos relaciones con el Eje, muy razonablemente hacían todo lo posible para reforzar la supremacía comercial para lo cual su situación geográfica y la paralización casi total de las exportaciones británicas ofrecían sólidos fundamentos."

En general, no se recuerdan suficientemente a este respecto las consecuencias "internas" que la neutralidad trajo para la Argentina. Es posible que la mayoría de la opinión pública argentina haya sido proaliada, pero lo que no puede afirmarse rotundamente es que esa misma opinión favoreciera una entrada efectiva en el conflicto bélico. Ello ha sido explicado por O Edmund Smith (h.), de modo terminante: "Numerosos observadores competentes señalaron repetidas veces que mientras muchos argentinos estaban indudablemente a favor del triunfo de los Aliados, era posible ser 'pro-aliado' sin favorecer el fin de la neutralidad argentina. También era posible, en la Argentina, que una mayoría fuese pro-democrática sin ser 'pro-Estados Unidos'. Había indicios de que gran cantidad de argentinos consideraba el programa de solidaridad hemisférica como un proyecto dominado por los yanquis antes que como una verdadera creación 'interamericana', y en consecuencia no apoyaban la adopción por su gobierno de ninguna 'acción solidaria' dictada desde el exterior."

Los elementos apuntados quizá permitan entender mejor cuáles fueron los verdaderos problemas de nuestra "neutralidad" en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial. Ellos excedieron con creces a la esquemática oposición entre "democracia" y "totalitarismo" que tantas veces se ha empleado para definir, pero no para explicar, al período.

## BIBLIOGRAFIA

- Bagú, S., *Argentina en el mundo*, B. A., 1961.  
Belloni, A., *Del anarquismo al peronismo* (Historia del movimiento obrero argentino), B. A., 1960.  
Bunge, A. E., *Una nueva Argentina*, B. A., 1940.  
Ciria, A., *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-46)*, 2ª ed., B. A., 1968.  
Ciria, A., y otros, *La década infame*, B. A., 1969.  
Coca, J., *El contubernio* (Selección), B. A., 1961.  
Conil Paz, A. y Ferrari, G., *Política exterior argentina, 1930-1962*, B. A., 1964.  
Crankez, J. B., *533 días de historia argentina*, B. A., 1932.  
De la Torre, L., *Cartas íntimas* (a Elvira Aldao de Díaz), B. A., 1951.  
De la Torre, L., *Obras de Lisandro de la Torre*, vol. I (Controversias políticas), B. A., 1952; vol. II (Lucha antiimperialista), B. A., 1952; vol. IV (Economía y finanzas), B. A., 1960; vol. V (Campañas presidenciales), B. A., 1954.  
Del Mazo, G., *El radicalismo* (Ensayo sobre su historia y doctrina), tomo II, B. A., 1959.  
Del Río, J., *Política argentina y los monopolios eléctricos* (Investigación Rodríguez Conde; soluciones), B. A., 1959 (mimeografiado).  
Dorfman, A., *Evolución industrial argentina*, B. A., 1942.  
Ferrer, A., *La economía argentina* (Las etapas de su desarrollo y problemas actuales), México, 1963.  
Fuchs, J., *Argentina: su desarrollo capitalista*, B. A., 1965.  
Gallotti, A., *La política y los partidos*, B. A., 1961.  
Germani, G., *Estructura social de la Argentina*, B. A., 1955.  
Halperin Donghi, T., *Argentina en el callejón*, Montevideo, 1964.

- Hernández Arregui, J. J., *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, B. A., 1960.
- Hull, C., *The Memoirs of Cordell Hull*, 2 vols., N. York, 1948.
- Ibarguren, C., *La historia que he vivido*, 2ª ed., B. A., 1969.
- Iscaro, R., *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, B. A., 1958.
- Jauretche, A., *FORJA y la década infame*, B. A., 1962.
- Kelly, D., *El poder detrás del trono*, B. A., 1962.
- Kennedy, J. J., *Catholicism, Nationalism and Democracy in Argentina*, Notre Dame, 1958.
- Luna, F., *Alvear*, B. A., 1958.
- Navarro Gerassi, M., *Los nacionalistas*, B. A., 1968.
- Pinedo, F., *En tiempos de la República*, vol. I (Introducción), B. A., 1946.
- Portnoy, L., *Análisis crítico de la economía*, B. A., 1961.
- Puiggrós, R., *El yrigoyenismo*, B. A., 1965.
- Puiggrós, R., *Las izquierdas y el problema nacional*, B. A., 1967.
- Puiggrós, R., *La democracia fraudulenta*, B. A., 1968.
- Ramos, J. A., *Historia política del ejército argentino (De la Logia Lautaro a la industria pesada)*, B. A., 1959.
- Ramos, J. A., *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, 2 vols., B. A., 1965.
- Rennie, Y. F., *The Argentine Republic*, N. York, 1945.
- Repetto, N., *Mi paso por la política (De Uriburu a Perón)*, B. A., 1957.
- Romero, J. L., *Las ideas políticas en Argentina*, 4ª ed., B. A., 1969.
- Sánchez Sorondo, M., *La revolución que anunciamos*, B. A., 1945.
- Sarobe, J. M., *Memorias sobre la revolución del 6 de septiembre de 1930*, B. A., 1957.
- Scalabrini Ortiz, R., *Política británica en el Río de la Plata*, 3ª ed., B. A., 1957.
- Smith (h.), O. E., *Yankee Diplomacy (U. S. Intervention in Argentina)*, Dallas, 1953. (Hay ed. castellana.)
- Spillimbergo, J. E., *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*, B. A., 1958.
- Torres, J. L., *La oligarquía maléfica (Autopsia de un cadáver-político)*, B. A., 1953.
- Vazeilles, J., *Los socialistas*, B. A., 1968.
- Weil, F. J., *Argentine Riddle*, N. York, 1944.

## INDICE DE NOMBRES Y LUGARES

- A
- Abad de Santillán, Diego, 15
- Abalos, José Benjamín, 106
- Aberg Cobo, Martín, 205
- Academia Nacional de la Historia, 38, 40
- Acavedo, Carlos A., 207
- Acción Argentina, 213
- Acción Católica, 175
- Argentina, 177
- Acción Française, 190
- África del Sur, 126
- Alemania, 16, 17, 22, 25, 26, 41, 93, 94, 137, 184, 199, 202, 212, 213
- Alianza Civil, 178, 182
- Alianza Civil, 181
- de la Juventud Nacionalista, 193
- Libertadora Nacionalista, 193
- Alvarez de Toledo, Federico, 95
- Alvear, Marcelo T. de, 13, 16, 34, 37, 38, 45, 46, 49, 58, 60, 69, 82, 90, 91, 95, 100, 103, 104, 105, 109, 124, 139, 164, 167, 170, 171, 178, 181, 184, 185, 186, 187, 203, 206, 207, 208, 209
- Alzaga, Félix, 73, 74
- América, 18
- del Sur, 210, 212
- latina, 22, 50, 210, 213
- Anchorena, doctor, 98
- Anglo (frigorífico), 127
- ANSEC, grupo, 137
- Aráoz, 92
- Archivo General de la Nación, 31, 33, 35, 40, 61, 64, 68, 70, 73, 81, 91, 93, 98, 104, 108, 127, 128, 144, 148, 160, 162, 163, 165, 167, 168, 175, 176, 183, 186, 187, 193, 197, 199, 203, 205, 208
- Argentina, 18, 21, 22, 23, 26, 31, 39, 53, 72, 123, 124, 125, 126, 131, 138, 140, 143, 145, 147, 149, 152, 154, 155, 166, 173, 175, 178, 180, 192, 194, 201, 203, 209, 210, 211, 212, 213, 214
- Asociación del Trabajo, 69
- Astra, 49
- Atkinsons, 41
- Australia, 21, 124, 126, 127
- Avellaneda (P. B. A.), 204
- B
- Bagú, Sergio, 22, 210, 213
- Balcón, 193
- Baluart, 193
- Banco, Central, 131, 133, 134, 152
- de Crédito Industrial, 149
- de la Nación, 33, 74
- Barceló, Alberto, 204
- Becú, A., 95
- Beiró, Francisco, 106, 111, 159
- Bélgica-Luxemburgo, 22
- Bellac, Hilaire, 191
- Belloni, Alberto, 201
- Bendix, Reinhard, 17
- Blóy, León, 191
- Board of Trade, 125
- Bolivia, 139, 192
- Bolsa de Comercio, 66
- Bordabehere, Enzo, 128, 129, 166, 204
- Bosch, Roberto, 172, 185
- Botana, Natalio, 161
- Brasil, 127, 139, 192, 210
- Bravo, Máximo, 167, 170, 181
- Bruselas, 140